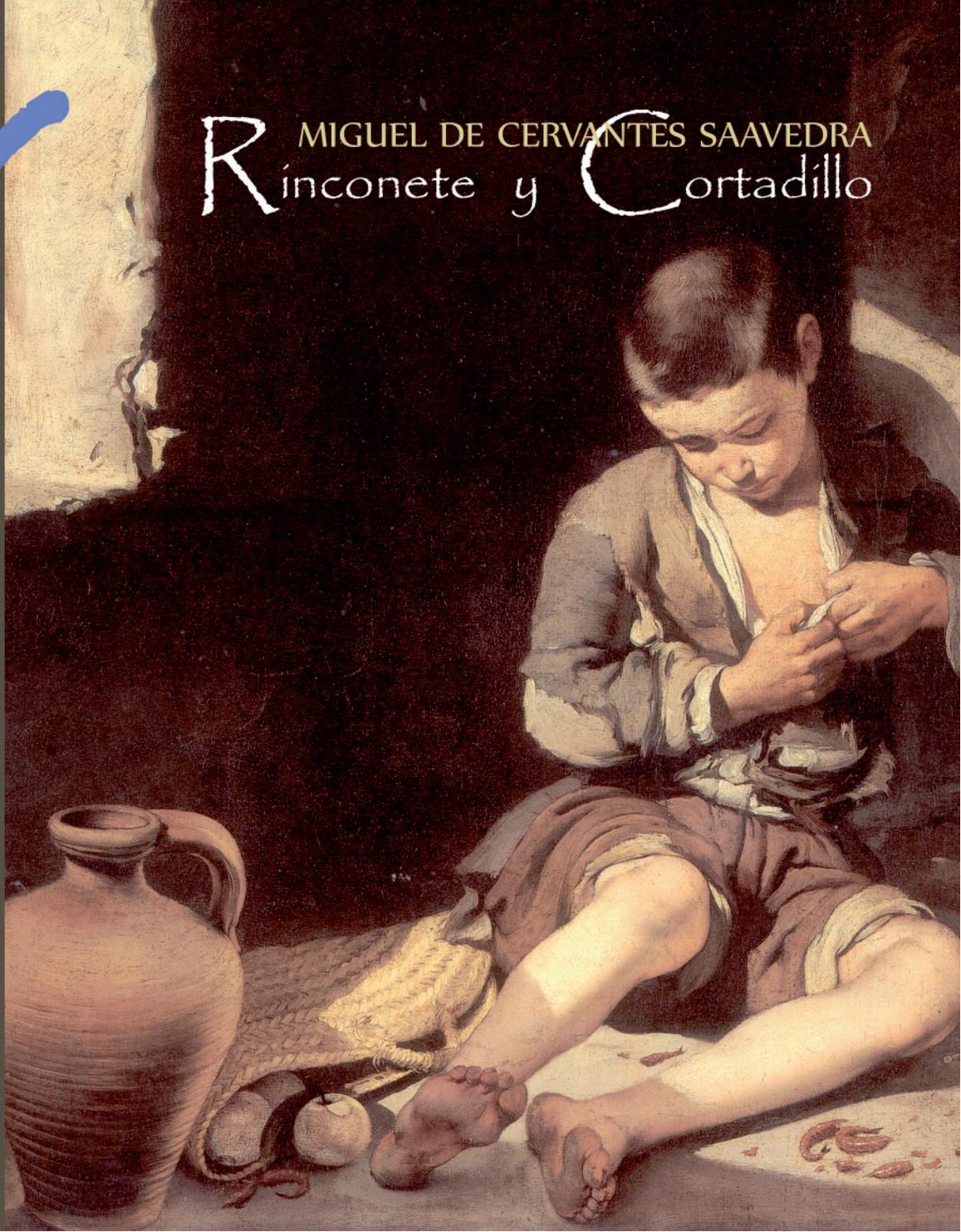


V

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
Rinconete y Cortadillo



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA



MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Rínconete y Cortadillo

Edición anotada y posfacio de Rosa Navarro Durán

Miguel de Cervantes Saavedra nace en Alcalá de Henares en 1547, hijo de un cirujano de ascendencia, tal vez, conversa. De sus primeros años no se sabe nada seguro. Sólo nos quedan cuatro poesías que publicó en Madrid en 1569 su maestro, el humanista Juan López de Hoyos. Entre 1569 y 1580 Cervantes se separa de las letras y se dedica a la carrera militar. Tras haber estado en Roma combate en Lepanto, donde pierde la movilidad del brazo izquierdo. Recuperado de su herida, al año siguiente toma parte en las acciones militares que llevó a cabo don Juan de Austria. En 1575, cuando vuelve a España, cae en manos de corsarios argelinos y sufre un cautiverio de cinco años en Argel. Es rescatado por los trinitarios y regresa a Madrid. Publica *La Galatea* en 1585, mientras hace representar varias comedias, que se han perdido, con excepción de *El trato de Argel* y *El cerco de Numancia*. Por esas fechas contrae matrimonio con Catalina de Salazar. A partir de 1587 desempeña varias comisiones en Andalucía: primero como proveedor de la Armada Invencible, luego para la Hacienda pública, con la que padece oscuras desavenencias que le acarrearán la cárcel varios meses de 1597 en Sevilla. En 1605, año en que sale a la luz la primera Parte del *Quijote*, se encuentra en Valladolid, sede entonces de la Corte. En 1607 regresa a Madrid y su actividad literaria es enorme. En 1613 publica sus *Novelas ejemplares*, en 1614 el *Viaje del Parnaso* y en 1615 las *Ocho comedias y ocho entremeses* y la segunda Parte del *Quijote*. En 1616 termina *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda* y muere el 22 de abril, a los tres días de redactar la dedicatoria. Al día siguiente es enterrado.

[el autor]

Un día de verano dos muchachos, «muy descosidos, rotos y maltratados», se encuentran en una venta al sur de la provincia de Ciudad Real; tienen entre catorce y dieciséis años y se dirigen a la misma ciudad: Sevilla. Así comienza Miguel de Cervantes la novela *Rinconete y Cortadillo*, obra que, por su carácter y por su ambientación, puede considerarse plenamente «andaluza». La Casa de Contratación había convertido a la ciudad en el emporio de aquel tiempo y, por tanto, en el centro de todo trasiego, bueno y malo, de negocio. Las gradas de la Catedral, la Plaza de San Salvador, los alrededores del río y de la Torre del Oro son algunos de los espacios en los que los protagonistas, Pedro del Rincón y Diego Cortado, aprenderán la jerga de los rufianes antes de ser conducidos al corazón del hampa sevillana y de la novela misma, el patio de Monipodio. Es ahí donde observan, ven y anotan. Los golpes a la puerta marcan la sucesión de escenas. Rincón y Cortado pasan a ser el marco que encuadra la realidad que le interesa pintar a Cervantes: el mundo de la picaresca en estado puro. Francisco Porras de la Cámara, racionero de la catedral de Sevilla, copiaría el texto de esta novela hacia 1604-1605, junto con *El celoso extremeño*, otra de las *Novelas ejemplares* «andaluza», para que el cardenal arzobispo de la ciudad, don Fernando Niño de Guevara, se divirtiera. Más tarde, Cervantes introduciría cambios en ambos relatos, suavizando pasajes y quitando precisiones. En *Rinconete y Cortadillo*, Sevilla es el espacio que da apariencia de «realidad» a lo contado; a cambio, el relato cervantino le da a la espléndida ciudad la inmortalidad literaria.

[la obra]

Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes*

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura

© 2010 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura

© de la edición anotada y posfacio: Rosa Navarro Durán

Maquetación y diseño: Carmen Piñar

ISBN: 978-84-9959-016-5

D.L. : GR-1126-2010

Ilustración de cubierta: Bartolomé Esteban Murillo. *El joven mendigo*. 1645 ca.

Musée du Louvre

índice

RINCONETE Y CORTADILLO	9
NOTAS	51
POSFACIO	
<i>RINCONETE Y CORTADILLO</i> , UNA NOVELA EJEMPLAR «ANDALUZA» DE CERVANTES	63
Rosa Navarro Durán	

En la venta del Molinillo¹, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia², como vamos de Castilla a la Andalucía, un día de los calurosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce a quince años: el uno ni el otro no pasaban de diez y siete; ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa, no la tenían; los calzones eran de lienzo, y las medias, de carne. Bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates, tan traídos como llevados; y los del otro, picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas³ que de zapatos. Traía el uno montera⁴ verde de cazador; el otro, un sombrero sin toquilla⁵, bajo de copa y ancho de falda⁶. A la espalda, y ceñida por los pechos, traía el uno una camisa de color de camuza⁷, encerrada y recogida toda en una manga⁸. El otro venía escueto⁹ y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto; que, a lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valones, almidonado con grasa y tan deshilado de roto que todo parecía hilachas; venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos se les habían gastado las puntas y, porque durasen más, se las cercenaron y los

dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas¹⁰ y las manos no muy limpias. El uno tenía una media espada, y el otro, un cuchillo de cachas amarillas¹¹, que los suelen llamar vaqueros.

Saliéronse los dos a sestar en un portal o cobertizo que delante de la venta se hace; y sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño:

—¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para adónde bueno camina?

—Mi tierra, señor caballero —respondió el preguntado—, no la sé, ni para dónde camino, tampoco.

—Pues en verdad —dijo el mayor— que no parece vuesa merced del cielo, y que éste no es lugar para hacer su asiento en él; que por fuerza se ha de pasar adelante.

—Así es —respondió el mediano—; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mía, pues no tengo en ella más de un padre que no me tiene por hijo y una madrastra que me trata como alnado¹²; el camino que llevo es a la ventura, y allí le daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.

—Y ¿sabe vuesa merced algún oficio? —preguntó el grande. Y el menor respondió:

—No sé otro sino que corro como una liebre y salto como un gamo y corto de tijera muy delicadamente.

—Todo eso es muy bueno, útil y provechoso —dijo el grande—, porque habrá sacristán que le dé a vuesa merced la ofrenda de Todos Santos¹³, por que para el Jueves Santo le corte florones de papel para el monumento.

—No es mi corte de esa manera —respondió el menor—; sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastre y calcetero, y me enseñó a cortar antiparas, que, como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avampiés¹⁴, que por su propio nombre se suelen llamar polainas; y córtolas tan bien, que en verdad que me podría examinar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado.

—Todo eso y más acontece por los buenos —respondió el grande—, y siempre he oído decir que las buenas habilidades son las más perdidas; pero aún edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura. Mas si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas y no las quiere manifestar.

—Sí tengo —respondió el pequeño—; pero no son para en público, como vuesa merced ha muy bien apuntado.

A lo cual replicó el grande:

—Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en gran parte se puedan hallar; y para obligar a vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mío primero, porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, deste hasta el último día de nuestra vida, verdaderos amigos.

»Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida¹⁵, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de continuo pasan. Mi nombre es Pedro del Rincón. Mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada: quiero decir que es bulero o buldero, como los llama el vulgo. Algunos días le acompañé en el oficio y le aprendí de manera que no daría ventaja en echar las bulas al que más presumiese en ello. Pero habiéndome un día aficionado más al dinero de las bulas que a las mismas bulas, me abracé con un talego y di conmigo y con él en Madrid, donde con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos días saqué

las entrañas al talego y le dejé con más dobles que pañizuelo de desposado. Vino el que tenía a cargo el dinero tras mí, prendiéronme, tuve poco favor; aunque, viendo aquellos señores mi poca edad, se contentaron con que me arrimasen al aldabilla¹⁶ y me mosqueasen¹⁷ las espaldas por un rato y con que saliese desterrado por cuatro años de la corte. Tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí a cumplir mi destierro, con tanta prisa que no tuve lugar de buscar cabalgaduras. Tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias, y entre ellas saqué estos naipes —y a este tiempo descubrió los que se han dicho, que en el cuello traía—, con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando a la veintiuna¹⁸; y aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzaré que no quede un as debajo. Y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as a la primera carta, que le puede servir de un punto y de once; que con esta ventaja, siendo la veintiuna envidada, el dinero se queda en casa. Fuera desto, aprendí de un cocinero de un cierto embajador ciertas tretas de quínolas¹⁹ y del parar²⁰, a quien también llaman el andaboba; que así como vuesa merced se puede examinar en el corte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia vilhanesca²¹. Con esto voy seguro de no morir de hambre, porque aunque llegue a un cortijo, hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato. Y desto hemos de hacer luego la experiencia los dos. Armemos la red y veamos si cae algún pájaro destos arrieros que aquí hay: quiero decir que jugaremos los dos a la veintiuna como si fuese de veras; que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia.

—Sea en buen hora —dijo el otro—, y en merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado a que yo no le encubra la mía; que, diciéndola más breve, es ésta.

»Yo nací en el piadoso lugar²² puesto entre Salamanca y Medina del Campo. Mi padre es sastre, enseñóme su oficio; y de corte de tiserá, con mi buen ingenio, salté a cortar bolsas. Enfadóme la vida estrecha del aldea y el desamorado trato de mi

madrastra. Dejé mi pueblo, vine a Toledo a ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca ni hay faldriquera tan escondida que mis dedos no visiten ni mis tiseras no corten, aunque le estén guardando con ojos de Argos²³. Y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fui cogido entre puertas²⁴, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado²⁵ de ningún cañuto²⁶. Bien es verdad que habrá ocho días que una espía doble²⁷ dio noticia de mi habilidad al Corregidor, el cual, aficionado a mis buenas partes, quisiera verme; mas yo, que, por ser humilde, no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él. Y así, salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras ni blancas, ni de algún coche de retorno, o por lo menos de un carro.

—Eso se borre —dijo Rincón—, y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces: confesemos llanamente que no teníamos blanca, ni aun zapatos.

—Sea así —respondió Diego Cortado, que así dijo el menor que se llamaba—; y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincón, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias.

Y levantándose Diego Cortado, abrazó a Rincón; y Rincón a él, tierna y estrechamente. Y luego se pusieron los dos a jugar a la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia; y a pocas manos, alzaba tan bien por el as Cortado, como Rincón, su maestro.

Salió en esto un arriero a refrescarse al portal y pidió que quería hacer tercio. Acogieronle de buena gana, y en menos de media hora le ganaron doce reales y veinte y dos maravedís, que fue darle doce lanzadas y veinte y dos mil pesadumbres. Y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderían²⁸, quiso quitalles el dinero; mas ellos, poniendo el uno mano a su media espada y el otro al de las cachas amarillas, le dieron tanto que hacer, que a no salir sus compañeros, sin duda lo pasara mal.

A esta sazón pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes a caballo, que iban a sestar a la venta del Alcalde, que está media legua más adelante. Los cuales, viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron y les dijeron que, si acaso iban a Sevilla, que se viniesen con ellos.

—Allá vamos —dijo Rincón—, y serviremos a vuesas mercedes en todo cuanto nos mandaren.

Y sin más detenerse, saltaron delante de las mulas y se fueron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado; y a la ventera, admirada de la buena crianza de los pícaros, que les había estado oyendo su plática sin que ellos advirtiesen en ello. Y cuando dijo al arriero que les había oído decir que los naipes que traían eran falsos, se pelaba las barbas²⁹ y quisiera ir a la venta tras ellos a cobrar su hacienda, porque decía que era grandísima afrenta y caso de menos valer que dos muchachos hubiesen engañado a un hombrazo tan grande como él. Sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin, tales razones le dijeron, que, aunque no le consolaron, le obligaron a quedarse.

En esto, Cortado y Rincón se dieron tan buena maña en servir a los caminantes, que lo más del camino los llevaban a las ancas; y aunque se les ofrecían algunas ocasiones de tentar las valijas de sus medios amos, no las admitieron por no perder la ocasión tan buena del viaje de Sevilla, donde ellos tenían grande deseo de verse.

Con todo esto, a la entrada de la ciudad, que fue a la oración, y por la puerta de la Aduana³⁰, a causa del registro y almojarifazgo³¹ que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la valija o maleta que a las ancas traía un francés de la camarada³². Y así, con el de sus cachas le dio tan larga y profunda herida, que se parecían patentemente las entrañas; y sutilmente le sacó dos camisas buenas, un reloj de sol y un librillo de memoria³³, cosas que, cuando las vieron, no les dieron mucho gusto; y pensaron que, pues el francés llevaba a las ancas aquella maleta,

no la había de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenían aquellas preseas³⁴, y quisieran volver a darle otro tiento; pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrían echado menos y puesto en recaudo lo que quedaba.

Habíanse despedido, antes que el salto hiciesen³⁵, de los que hasta allí los habían sustentado; y otro día vendieron las camisas en el malbaratillo³⁶ que se hace fuera de la puerta del Arenal, y dellas hicieron veinte reales. Hecho esto, se fueron a ver la ciudad; y admiróles la grandeza y sumptuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del río, porque era en tiempo de cargazón de flota y había en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar y aún temer el día que sus culpas les habían de traer a morar en ellas de por vida³⁷. Echaron de ver los muchos muchachos de la esportilla que por allí andaban; informáronse de uno dellos qué oficio era aquél y si era de mucho trabajo y de qué ganancia.

Un muchacho asturiano, que fue a quien le hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado y de que no se pagaba alcabala³⁸, y que algunos días salía con cinco y seis reales de ganancia, con que comía y bebía y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo a quien dar fianzas y seguro de comer a la hora que quisiese, pues a todas lo hallaba en el más mínimo bodegón de toda la ciudad.

No les pareció mal a los dos amigos la relación del asturianillo, ni les descontentó el oficio, por parecerles que venía como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecía de entrar en todas las casas; y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usalle, pues lo podían usar sin examen. Y preguntándole al asturiano qué habían de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios o nuevos; y cada uno, tres espuertas³⁹ de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartía la carne, pescado y fruta; y en el costal, el pan. Y él les guió donde lo vendían; y ellos, del dinero de la galima⁴⁰ del francés, lo compraron todo; y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio, según les ensayaban las esportillas y asentaban los costales. Avisóles su adalid de los puestos dónde habían de acudir:

por las mañanas, a la Carnicería y a la plaza de San Salvador; los días de pescado, a la Pescadería y a la Costanilla; todas las tardes, al río; los jueves, a la Feria.

Toda esta lición tomaron bien de memoria, y otro día bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador. Y apenas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuertas vieron ser nuevos en la plaza. Hiciéronles mil preguntas, y a todas respondían con discreción y medida. En esto llegaron un medio estudiante y un soldado; y convidados de la limpieza de las espuertas de los dos novatos, el que parecía estudiante llamó a Cortado; y el soldado, a Rincón.

—En nombre sea de Dios —dijeron ambos.

—Para bien se comience el oficio —dijo Rincón—; que vuesa merced me estrena, señor mío.

A lo cual respondió el soldado:

—La estrena⁴¹ no será mala, porque estoy de ganancia y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete a unas amigas de mi señora.

—Pues cargue vuesa merced a su gusto, que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza; y aun si fuere menester que ayude a guisarlo, lo haré de muy buena voluntad. Contentóse el soldado de la buena gracia del mozo, y díjole que si quería servir, que él le sacaría de aquel abatido oficio. A lo cual respondió Rincón que, por ser aquel día el primero que le usaba, no le quería dejar tan presto, hasta ver, a lo menos, lo que tenía de malo y bueno; y cuando no le contentase, él daba su palabra de servirle a él antes que a un canónigo.

Rióse el soldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante y él no tuviese necesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincón prometió fidelidad y buen trato. Dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió a la plaza, por no perder coyuntura; porque también desta

diligencia les advirtió el asturiano, y de que, cuando llevasen pescado menudo, conviene a saber, albures o sardinas o acedías⁴², bien podían tomar algunas y hacerles la salva⁴³, siquiera para el gasto de aquel día; pero que esto había de ser con toda sagacidad y advertimiento, por que no se perdiese el crédito, que era lo que más importaba en aquel ejercicio.

Por presto que volvió Rincón, ya halló en el mismo puesto a Cortado. Llegóse Cortado a Rincón y preguntóle que cómo le había ido. Rincón abrió la mano y mostróle los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno y sacó una bolsilla, que mostraba haber sido de ámbar en los pasados tiempos; venía algo hinchada. Y dijo:

—Con ésta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos; mas tomadla vos, Rincón, por lo que puede suceder.

Y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte. Y viendo a Cortado, le dijo si acaso había visto una bolsa de tales y tales señas, que, con quince escudos de oro en oro y con tres reales de a dos y tantos maravedís en cuartos y en ochavos, le faltaba, y que le dijese si la había tomado en el entretanto que con él había andado⁴⁴ comprando. A lo cual, con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado:

—Lo que yo sabré decir desa bolsa es que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso a mal recaudo.

—¡Eso es ello, pecador de mí —respondió el estudiante—; que la debí de poner a mal recaudo, pues me la hurtaron!

—Lo mismo digo yo —dijo Cortado—; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte. Y el que vuesa merced podrá tomar es, lo primero y principal, tener paciencia; que de menos nos hizo Dios, y un día viene tras otro día, y donde las dan las toman; y podría ser que, con el tiempo, el que llevó la bolsa se viniese a arrepentir y se la volviese a vuesa merced sahumada⁴⁵.

—El sahumero le perdonaríamos —respondió el estudiante.

Y Cortado prosiguió diciendo:

—Cuanto más, que cartas de descomunión hay, paulinas⁴⁶, y buena diligencia, que es madre de la buena ventura; aunque, a la verdad, no quisiera yo ser el llevador de tal bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna orden sacra, parecerme hía a mí que había cometido algún grande incesto o sacrilegio.

—Y ¡cómo que ha cometido sacrilegio! —dijo a esto el adolorido estudiante—; que puesto que yo no soy sacerdote, sino sacristán de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía, que me dio a cobrar un sacerdote amigo mío, y es dinero sagrado y bendito.

—Con su pan se lo coma —dijo Rincón a este punto—; no le arriendo la ganancia: día de juicio hay, donde todo saldrá en la colada⁴⁷, y entonces se verá quién fue Callejas⁴⁸ y el atrevido que se atrevió a tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía. Y ¿cuánto renta cada año? Dígame, señor sacristán, por su vida.

—¡Renta la puta que me parió! Y ¿estoy yo agora para decir lo que renta? —respondió el sacristán con algún tanto de demasiada cólera—. Decidme, hermanos, si sabéis algo; si no, quedad con Dios; que yo la quiero hacer pregonar.

—No me parece mal remedio ése —dijo Cortado—; pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella; que si yerra en un ardite⁴⁹, no parecerá en días del mundo, y esto le doy por hado.

—No hay que temer deso —respondió el sacristán—, que lo tengo más en la memoria que el tocar de las campanas; no me erraré en un átomo.

Sacó, en esto, de la faldriquera un pañuelo randado⁵⁰ para limpiarse el sudor, que llovía de su rostro como de alquitara; y apenas le hubo visto Cortado, cuando le

marcó por suyo. Y habiéndose ido el sacristán, Cortado le siguió y le alcanzó en las Gradass⁵¹, donde le llamó y le retiró a una parte. Y allí le comenzó a decir tantos disparates al modo de lo que llaman bernardinas⁵², cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razón que comenzase, que el pobre sacristán estaba embelesado escuchándole. Y como no acababa de entender lo que le decía, hacía que le replicase la razón dos y tres veces.

Estáble mirando Cortado a la cara atentamente y no quitaba los ojos de sus ojos. El sacristán le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras. Este tan grande embelesamiento dio lugar a Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faldriquera; y despidiéndose dél, le dijo que a la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traía entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le había tomado la bolsa, y que él se obligaba a saberlo dentro de pocos o de muchos días.

Con esto se consoló algo el sacristán y se despidió de Cortado; el cual se vino donde estaba Rincón, que todo lo había visto un poco apartado dél. Y más abajo estaba otro mozo de la esportilla, que vio todo lo que había pasado y cómo Cortado daba el pañuelo a Rincón; y llegándose a ellos, les dijo:

—Díganme, señores galanes: ¿voacedes⁵³ son de mala entrada o no?

—No entendemos esa razón, señor galán —respondió Rincón.

—¿Que no entrevan⁵⁴, señores murrios⁵⁵? —respondió el otro.

—No somos de Teba ni de Murcia —dijo Cortado—. Si otra cosa quiere, dígala; si no, váyase con Dios.

—¿No lo entienden? —dijo el mozo—. Pues yo se lo daré a entender y a beber con una cuchara de plata: quiero decir, señores, si son vuestas mercedes ladrones. Mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son. Mas díganme: ¿cómo no han ido a la aduana del señor Monipodio?

—¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galán? —dijo Rincón.

—Si no se paga —respondió el mozo—, a lo menos regístranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo. Y así, les aconsejo que vengán conmigo a darle obediencia; o si no, no se atrevan a hurtar sin su señal, que les costará caro.

—Yo pensé —dijo Cortado— que el hurtar era oficio libre, horro⁵⁶ de pecho y alcabala⁵⁷, y que si se paga, es por junto, dando por fiadores a la garganta y a las espaldas⁵⁸; pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el desta, que, por ser la más principal del mundo, será el más acertado de todo él. Y así puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice; que ya yo tengo barruntos, según lo que he oído decir, que es muy calificado y generoso, y además⁵⁹ hábil en el oficio.

—¡Y cómo que es calificado, hábil y suficiente! —respondió el mozo—. Eslo tanto que, en cuatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el *finibusterrae*⁶⁰, y obra de treinta envesados⁶¹, y de sesenta y dos en gurapas⁶².

—En verdad, señor —dijo Rincón—, que así entendemos esos nombres como volar.

—Comencemos a andar; que yo los iré declarando por el camino —respondió el mozo—, con otros algunos que así les conviene saberlos como el pan de la boca.

Y así, les fue diciendo y declarando otros nombres de los que ellos llaman *germanescos o de la germanía* en el discurso de su plática, que no fue corta, porque el camino era largo. En el cual, dijo Rincón a su guía:

—¿Es vuesa merced, por ventura, ladrón?

—Sí —respondió él—, para servir a Dios y a las buenas gentes, aunque no de los muy cursados; que todavía estoy en el año del noviciado.

A lo cual respondió Cortado:

—Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente.

A lo cual respondió el mozo:

—Señor, yo no me meto en tologías⁶³; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio a todos sus ahijados.

—Sin duda —dijo Rincón— debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan a Dios.

—Es tan santa y buena —replicó el mozo—, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa o limosna para el aceite de la lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los días pasados dieron tres ansias⁶⁴ a un cuatrero que había murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario⁶⁵, así las sufrió sin cantar⁶⁶ como si fueran nada. Y esto atribuimos los del arte a su buena devoción, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo. Y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo antes que me lo pregunten. Sepan voacedes que *cuatrero* es ladrón de bestias; *ansia* es el tormento; *roznos*, los asnos, hablando con perdón; *primer desconcierto* es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo. Tenemos más: que rezamos nuestro rosario, repartido en toda la semana, y muchos de nosotros no hurtamos el día del viernes, ni tenemos conversación con mujer que se llame María el día del sábado.

—De perlas me parece todo eso —dijo Cortado—; pero dígame vuesa merced: ¿hácese otra restitución o otra penitencia más de la dicha?

—En eso de restituir no hay que hablar —respondió el mozo—, porque es cosa imposible por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes⁶⁷ la suya. Y así, el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto más que no hay quien nos mande hacer esta diligencia, a causa que nunca nos confesamos. Y si sacan cartas de excomuni6n, jamás llegan a nuestra noticia, porque jamás vamos a la iglesia al tiempo que se leen, si no es los días de jubileo por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente.

—¿Y con sólo eso que hacen, dicen esos señores —dijo Cortadillo— que su vida es santa y buena?

—Pues ¿qué tiene de malo? —replicó el mozo—. ¿No es peor ser hereje o renegado, o matar a su padre y madre, o ser solomico?

—*Sodomita* querrá decir vuesa merced —respondió Rincón.

—Eso digo —dijo el mozo.

—Todo es malo —replicó Cortado—. Pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso; que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

—Presto se les cumplirá su deseo —dijo el mozo—, que ya desde aquí se descubre su casa. Vuestas mercedes se queden a la puerta, que yo entraré a ver si está desocupado, porque éstas son las horas cuando él suele dar audiencia.

—En buena⁶⁸ sea —dijo Rincón.

Y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia; y los dos se quedaron esperando a la puerta. Él salió luego y

los llamó. Y ellos entraron, y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado, y de puro limpio y aljimiado⁶⁹ parecía que vertía carmín de lo más fino. Al un lado estaba un banco de tres pies, y al otro un cántaro desbocado, con un jarrillo encima, no menos falto que el cántaro; a otra parte estaba una estera de enea, y en el medio, un tiesto, que en Sevilla llaman *maceta*, de albahaca.

Miraban los mozos atentamente las alhajas⁷⁰ de la casa en tanto que bajaba el señor Monipodio. Y viendo que tardaba, se atrevió Rincón a entrar en una sala baja, de dos pequeñas que en el patio estaban, y vio en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho, pendientes de cuatro clavos, y una arca grande, sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo. En la pared frontera estaba pegada a la pared una imagen de Nuestra Señora, destas de mala estampa, y más abajo pendía una esportilla de palma, y, encajada en la pared, una almofía⁷¹ blanca; por do coligió Rincón que la esportilla servía de cepo⁷² para limosna, y la almofía, de tener agua bendita; y así era la verdad.

Estando en esto, entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí a poco, dos de la esportilla y un ciego; y sin hablar palabra ninguno, se comenzaron a pasear por el patio. No tardó mucho cuando entraron dos viejos de bayeta⁷³ con anteojos, que los hacían graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos. Tras ellos entró una vieja halduda⁷⁴ y, sin decir nada, se fue a la sala; y habiendo tomado agua bendita, con grandísima devoción se puso de rodillas ante la imagen; y a cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo y levantados los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla y se salió con los demás al patio. En resolución, en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios. Llegaron también de los postreros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos a la valona, medias de color, ligas de gran balumba⁷⁵, espadas de más de marca⁷⁶, sendos pistolettes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina. Los cuales, así como entraron, pusieron los ojos de través

en Rincón y Cortado, a modo de que los extrañaban y no conocían. Y llegándose a ellos, les preguntaron si eran de la cofradía. Rincón respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía. Parecía de edad de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto⁷⁷, barbinegro y muy espeso; los ojos, hundidos. Venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque: tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados, cubríanle las piernas unos zaragüelles⁷⁸ de lienzo, anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí⁷⁹ por espalda y pechos, a do colgaba una espada ancha y corta, a modo de las del perrillo⁸⁰; las manos eran cortas, pelosas, y los dedos, gordos, y las uñas, hembras⁸¹ y remachadas; las piernas no se le parecían; pero los pies eran descomunales, de anchos y juanetudos. En efeto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía de los dos y, trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole:

—Éstos son los dos buenos mancebos que a vuesa merced dije, mi sor⁸² Monipodio. Vuesa merced los desamine⁸³ y verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregación.

—Eso haré yo de muy buena gana —respondió Monipodio.

Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que a medio magate⁸⁴, como entre ellos se dice, se quitaron los capelos, y luego volvieron a su paseo por una parte del patio; y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó a los nuevos el ejercicio, la patria y padres. A lo cual Rincón respondió:

—El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced. La patria no me parece de mucha importancia decilla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recibir algún hábito honroso.

A lo cual respondió Monipodio:

—Vos, hijo mío, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís; porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano, ni en el libro de las entradas: «Fulano, hijo de Fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron o le azotaron», o otra cosa semejante, que, por lo menos, suena mal a los buenos oídos. Y así, torno a decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y sólo ahora quiero saber los nombres de los dos.

Rincón dijo el suyo, y Cortado también.

—Pues de aquí adelante —respondió Monipodio— quiero y es mi voluntad que vos, Rincón, os llaméis *Rinconete*, y vos, Cortado, *Cortadillo*, que son nombres que asientan como de molde a vuestra edad y a nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo⁸⁵ para la limosna de quien las dice de alguna parte de lo que se garbea⁸⁶; y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovecha[n] a las tales ánimas por vía de naufragio⁸⁷; y caen debajo de nuestros bienhechores: el procurador que nos defiende, el guro⁸⁸ que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que, cuando [alguno] de nosotros va huyendo por la calle y detrás le van dando voces: «¡Al ladrón, al ladrón! ¡Deténganle, deténganle!», uno se pone en medio y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo: «¡Déjenle al cuitado, que harta malaventura lleva! ¡Allá se lo haya; castíguele su pecado!»). Son también bienhechoras nuestras las socorridas⁸⁹ que de su sudor nos socorren, así en la trena⁹⁰ como en las guras⁹¹;

y también lo son nuestros padres y madres, que nos echan al mundo; y el escribano, que, si anda de buena, no hay delito que sea culpa ni culpa a quien se dé mucha pena. Y por todos estos que he dicho hace nuestra hermandad cada año su adversario⁹² con la mayor popa⁹³ y solemnidad que podemos.

—Por cierto —dijo Rinconete, ya confirmado con este nombre⁹⁴ —, que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oído decir que vuesa merced, señor Monipodio, tiene. Pero nuestros padres aún gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, daremos luego noticia a esta felicísima y abogada confraternidad para que por sus almas se les haga ese naufragio o tormenta, o ese adversario que vuesa merced dice, con la solemnidad y pompa acostumbrada, si ya no es que se hace mejor con *popa* y *soledad*⁹⁵, como también apuntó vuesa merced en sus razones.

—Así se hará o no quedará de mí pedazo —replicó Monipodio.

Y llamando a la guía, le dijo:

—Ven acá, Ganchudo; ¿están puestas las postas?

—Sí —dijo la guía, que Ganchudo era su nombre—: tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

—Volviendo, pues, a nuestro propósito —dijo Monipodio—: querría saber, hijos, lo que sabéis, para daros el oficio y ejercicio conforme a vuestra inclinación y habilidad.

—Yo —respondió Rinconete— sé un poquito de floreo de Vilhán⁹⁶; entiéndeseme el retén⁹⁷; tengo buena vista para el humillo⁹⁸; juego bien de la sola⁹⁹, de las cuatro¹⁰⁰ y de las ocho¹⁰¹; no se me va por pies el raspadillo¹⁰², verrugueta¹⁰³, y el colmillo¹⁰⁴; éntrome por la boca de lobo¹⁰⁵ como por mi casa, y atreveríame a hacer un tercio de chanza¹⁰⁶ mejor que un tercio de Nápoles, y a dar un astillazo¹⁰⁷ al más pintado mejor que dos reales prestados.

—Principios son —dijo Monipodio—; pero todas éstas son flores de cantueso¹⁰⁸ viejas, y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y sólo sirven para alguno que sea tan blanco¹⁰⁹, que se deje matar de media noche abajo. Pero andaré el tiempo, y vernos hemos; que asentando sobre ese fundamento media docena de lecciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial famoso y aun quizá maestro.

—Todo será para servir a vuesa merced y a los señores cofrades —respondió Rinconete.

—Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis? —preguntó Monipodio.

—Yo —respondió Cortadillo— sé la treta que dicen mete dos y saca cinco¹¹⁰, y sé dar tiento a una faldriquera con mucha puntualidad y destreza.

—¿Sabéis más? —dijo Monipodio.

—No, por mis grandes pecados —respondió Cortadillo.

—No os aflijáis, hijo —replicó Monipodio—, que a puerto y a escuela habéis llegado donde ni os anegaréis ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere. Y en esto del ánimo, ¿cómo os va, hijos?

—¿Cómo nos ha de ir —respondió Rinconete— sino muy bien? Ánimo tenemos para acometer cualquiera empresa de las que tocaren a nuestro arte y ejercicio.

—Está bien —replicó Monipodio—; pero querría yo que también le tuviédeses para sufrir, si fuese menester, media docena de *ansias*, sin desplegar los labios y sin decir «esta boca es mía».

—Ya sabemos aquí —dijo Cortadillo—, señor Monipodio, qué quiere decir ansias, y para todo tenemos ánimo; porque no somos tan ignorantes que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja¹¹¹, y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título, que le deja en su lengua su vida o su muerte: ¡como si tuviese más letras un *no* que un *sí*!

—¡Alto, no es menester más! —dijo a esta sazón Monipodio—. Digo que sola esta razón me convence, me obliga, me persuade y me fuerza a que desde luego asentéis por cofrades mayores y que se os sobrelleve¹¹² el año del noviciado.

—Yo soy dese parecer —dijo uno de los bravos.

Y a una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habían estado escuchando, y pidieron a Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecía todo.

Él respondió que, por dalles contento a todos, desde aquel punto se las concedía, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque eran no pagar media nata¹¹³ del primer hurto que hiciesen; no hacer oficios menores en todo aquel año, conviene a saber: no llevar recaudo¹¹⁴ de ningún hermano mayor a la cárcel, ni a la casa, de parte de sus contribuyentes; piar el turco¹¹⁵ puro; hacer banquete cuándo, cómo y adónde quisieren sin pedir licencia a su mayoral; entrar a la parte desde luego con lo que entrujasen¹¹⁶ los hermanos mayores, como uno dellos; y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladísima, y lo[s] demás, con palabras muy comedidas, las agradecieron mucho.

Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo:

—El alguacil de los vagabundos viene encaminado a esta casa, pero no trae consigo gurullada¹¹⁷.

—Nadie se alborote —dijo Monipodio—, que es amigo y nunca viene por nuestro daño. Sosiéguese, que yo le saldré a hablar.

Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados. Y Monipodio salió a la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato; y luego volvió a entrar Monipodio y preguntó:

—¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador?

—A mí —dijo el de la guía.

—Pues ¿cómo —dijo Monipodio— no se me ha manifestado¹¹⁸ una bolsilla de ámbar que esta mañana en aquel paraje dio al traste con quince escudos de oro y dos reales de a dos y no sé cuántos cuartos?

—Verdad es —dijo la guía— que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

—¿No hay levas¹¹⁹ conmigo! —replicó Monipodio—. ¡La bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año!

Tornó a jurar el mozo que no sabía della. Comenzóse a encolerizar Monipodio de manera que parecía que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo:

—¿Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra orden, que le costará la vida! Manifiéstese la cica¹²⁰; y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca y pondré lo demás de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil.

Tornó de nuevo a jurar el mozo y a maldecirse, diciendo que él no había tomado tal bolsa ni vístola de sus ojos; todo lo cual fue poner más fuego a la cólera de Monipodio y dar ocasión a que toda la junta se alborotase, viendo que se rompían sus estatutos y buenas ordenanzas.

Viendo Rinconete, pues, tanta disensión y alboroto, parecióle que sería bien sosegalle y dar contento a su mayor, que reventaba de rabia. Y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos, sacó la bolsa del sacristán y dijo:

—Cese toda cuestión, mis señores; que ésta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta; que hoy mi camarada Cortadillo le dio alcance, con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó, por añadidura.

Luego sacó Cortadillo el pañizuelo y lo puso de manifiesto. Viendo lo cual Monipodio, dijo:

—Cortadillo *el Bueno*, que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante, se quede con el pañuelo, y a mi cuenta se quede la satisfacción deste servicio. Y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refrán que dice: «No es mucho que a quien te da la gallina entera, tú des una pierna della». Más disimula este buen alguacil en un día que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento.

De común consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió a dar la bolsa al alguacil. Y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de *Bueno*, bien como si fuera don Alonso Pérez de Guzmán *el Bueno*, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar a su único hijo¹²¹.

Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados¹²² los rostros, llenos de color los labios y de albayalde¹²³ los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote¹²⁴, llenas de desenfado y desvergüenza: señales claras por donde, en viéndolas Rinconete y Cortadillo, conocieron que eran de la casa llana¹²⁵ y no se engañaron en nada. Y así como entraron, se fueron con los brazos abiertos, la una a Chiquiznaque y la otra a Maniferro, que éstos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traía una mano de hierro, en lugar de otra que le habían cortado por justicia. Ellos las abrazaron con grande regocijo y les preguntaron si traían algo con que mojar la canal maestra.

—Pues ¿había de faltar, diestro¹²⁶ mío? —respondió la una, que se llamaba la Gananciosa—. No tardará mucho a venir Silbatillo, tu trainel¹²⁷, con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido.

Y así fue verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar cubierta con una sábana.

Alegráronse todos con la entrada de Silbato. Y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento y tenderla en medio del patio. Y ordenó asimismo que todos se sentasen a la redonda; porque, en cortando la cólera¹²⁸, se trataría de lo que más conviniese. A esto dijo la vieja que había rezado a la imagen:

—Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos días ha que me trae loca; y más que, antes que sea mediodía, tengo de ir a cumplir mis devociones y poner mis candelicas a Nuestra Señora de las Aguas y al Santo Crucifijo de Santo Agustín, que no lo dejaría de hacer si nevase y ventiscase. A lo que he venido es que anoche el Renegado y Centopiés llevaron a mi casa una canasta de colar, algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venía con su cernada¹²⁹ y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitalla; y venían sudando la gota tan gorda, que era una compasión verlos entrar ijadeando¹³⁰ y corriendo agua de sus rostros, que parecían unos angelicos. Dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que había pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podían dar un tiento en un grandísimo gato¹³¹ de reales que llevaba. No desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia; y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre a todos de poder de justicia, que no he tocado a la canasta y que se está tan entera como cuando nació.

—Todo se le cree, señora madre —respondió Monipodio—; y estése así la canasta; que yo iré allá, a boca de sorna¹³², y haré cala y cata¹³³ de lo que tiene y daré a cada uno lo que le tocara bien y fielmente, como tengo de costumbre.

—Sea como vos lo ordenáredes, hijo —respondió la vieja—. Y porque se me hace tarde, dadme un traguillo, si tenéis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de contino.

—Y ¡qué tal lo beberéis, madre mía! —dijo a esta sazón la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Gananciosa.

Y descubriendo la canasta, se manifestó una bota a modo de cuero con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podría caer sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre. Y llenándole la Escalanta, se le puso en las manos a la devotísima vieja; la cual, tomándole con ambas manos y habiéndole soplado un poco de espuma, dijo:

—Mucho echaste, hija Escalanta; pero Dios dará fuerzas para todo.

Y aplicándosele a los labios, de un tirón, sin tomar aliento, lo trasegó del corcho al estómago y acabó diciendo:

—De Guadalcanal es, y aún tiene un es no es de yeso el señorico. Dios te consuele, hija, que así me has consolado; sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado.

—No hará, madre —respondió Monipodio—, porque es trasañejo¹³⁴.

—Así lo espero yo en la Virgen —respondió la vieja.

Y añadió:

—Mirad, niñas, si tenéis, acaso algún cuarto para comprar las candelicas de mi devoción, porque con la priesa y gana que tenía de venir a traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela¹³⁵.

—Yo sí tengo, señora Pipota (que éste era el nombre de la buena vieja) —respondió la Gananciosa—. Tome: ahí le doy dos cuartos; del uno le ruego que compre una para mí y se la ponga al señor San Miguel; y si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados. Quisiera que pusiera otra a la señora Santa Lucía, que, por lo de los ojos, también le tengo devoción; pero no tengo trocado¹³⁶; mas otro día habrá donde se cumpla con todos.

—Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable; que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí antes que se muera y no aguardar a que las pongan los herederos o albaceas.

—Bien dice la madre Pipota —dijo la Escalanta.

Y echando mano a la bolsa, le dio otro cuarto y le encargó que pusiese otras dos candelicas a los santos que a ella le pareciesen que eran de los más aprovechados y agradecidos. Con esto se fue la Pipota, diciéndoles:

—Holgaos, hijos, ahora que tenéis tiempo; que vendrá la vejez, y lloraréis en ella los ratos que perdistes en la mocedad, como yo los lloro. Y encomendadme a Dios en vuestras oraciones, que yo voy a hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque Él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso sin sobresaltos de justicia.

Y con esto se fue.

Ida la vieja, se sentaron todos alrededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles. Y lo primero que sacó de la cesta fue un grande haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande llena de tajadas de bacallao frito. Manifestó luego medio queso de Flandes y una olla de famosas aceitunas y un plato de camarones y gran cantidad de cangrejos, con su llamativo¹³⁷ de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hogazas blanquísimas de Gandul. Serían los del almuerzo hasta catorce, y ninguno dellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, sino fue Rinconete, que sacó su media espada. A los dos viejos de bayeta y a la guía tocó el escanciar con el corcho de colmena.

Mas apenas habían comenzado a dar asalto a las naranjas, cuando les dio a todos gran sobresalto los golpes que dieron a la puerta. Mandóles Monipodio que se sosegasen, y, entrando en la sala baja y descolgando un broquel, puesto mano a la espada, llegó a la puerta y con voz hueca y espantosa preguntó:

—¿Quién llama?

Respondieron de fuera:

—Yo soy, que no es nadie, señor Monipodio: Tagarete soy, centinela desta mañana, y vengo a decir que viene aquí Juliana la Cariharta toda desgrenaada y llorosa, que parece haberle sucedido algún desastre.

En esto llegó la que decía, sollozando; y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta y mandó a Tagarete que se volviese a su posta y que de allí adelante avisase lo que viese con menos estruendo y ruido. Él dijo que así lo haría.

Entró la Cariharta, que era una moza del jaez¹³⁸ de las otras y del mismo oficio. Venía descabellada y la cara llena de tolondrones¹³⁹; y así como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada. Acudieron a socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y, desabrochándola el pecho, la hallaron toda denegrida y como magullada. Echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí, diciendo a voces.

—¡La justicia de Dios y del rey venga sobre aquel ladrón desuellacaras, sobre aquel cobarde bajamanero¹⁴⁰, sobre aquel pícaro lendroso¹⁴¹, que le he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas! ¡Desdichada de mí! ¡Mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facinoroso e incorregible!

—Sosiégate, Cariharta —dijo a esta sazón Monipodio—, que aquí estoy yo, que te haré justicia. Cuéntanos tu agravio, que más estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada. Dime si has habido algo con tu respecto¹⁴²; que si así es y quieres venganza, no has menester más que boquear¹⁴³.

—¿Qué respecto? —respondió Juliana—. Respectada me vea yo en los infiernos si más lo fuere de aquel león con las ovejas y cordero con los hombres. ¿Con aquél había yo de comer más pan a manteles ni yacer en uno? Primero me vea yo comida de adivas¹⁴⁴ estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora veréis.

Y alzándose al instante las faldas hasta la rodilla, y aún un poco más, las descubrió llenas de cardenales.

—Desta manera —prosiguió— me ha parado¹⁴⁵ aquel ingrato del Repolido, debiéndome más que a la madre que le parió. Y ¿por qué pensáis que lo ha hecho? ¡Montas¹⁴⁶ que le di yo ocasión para ello! No, por cierto, no lo hizo más sino porque, estando jugando y perdiendo, me envió a pedir con Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié más de veinte y cuatro; que el trabajo y afán con que yo los había ganado ruego yo a los cielos que vaya en descuento de mis pecados. Y en pago desta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginación había hecho de lo que yo podía tener, esta mañana me sacó al campo, detrás de la Güerta del Rey, y allí, entre unos olivares, me desnudó; y con la petrina¹⁴⁷, sin excusar ni recoger los hierros¹⁴⁸ —¡que en malos grillos y hierros le vea yo!—, me dio tantos azotes, que me dejó por muerta. De la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que miráis.

Aquí tornó a levantar las voces, aquí volvió a pedir justicia; y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban.

La Gananciosa tomó la mano a consolalla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenía por que le hubiera pasado otro tanto con su querido.

—Porque quiero —dijo— que sepas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que a lo que se quiere bien se castiga; y cuando estos bellacones nos dan y azotan y acocean, entonces nos adoran. Si no, confiésame una verdad, por tu vida; después que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia?

—¿Cómo una? —respondió la llorosa—. Cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano por que me fuera con él a su posada. Y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos después de haberme molido.

—No hay dudar en eso —replicó la Gananciosa—. Y lloraría de pena de ver cuál te había puesto; que¹⁴⁹ estos tales hombres, y en tales casos, no han cometido la culpa cuando les viene el arrepentimiento. Y tú verás, hermana,

si no viene a buscarte antes que de aquí nos vamos, y a pedirte perdón de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

—En verdad —respondió Monipodio—, que no ha de entrar por estas puertas el cobarde envesado si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito. ¿Las manos había él de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y gan[an]cia con la misma Gananciosa que está delante, que no lo puedo más encarecer?

—¡Ay! —dijo a esta sazón la Juliana—. No diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito; que con cuan malo es, le quiero más que a las telas de mi corazón y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono me ha dicho mi amiga la Gananciosa; y en verdad que estoy por ir a buscarle.

—Eso no harás tú por mi consejo —replicó la Gananciosa—, porque se extenderá y ensanchará y hará tretas¹⁵⁰ en ti como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana; que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho; y si no viniere, escribiremosle un papel en coplas, que le amargue¹⁵¹.

—¡Eso sí! —dijo la Cariharta— ¡que tengo mil cosas que escribirle!

—Yo seré el secretario cuando sea menester —dijo Monipodio—. Y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá a hacer dos millares de coplas en daca las pajas¹⁵²; y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos hinchará las medidas¹⁵³ a todas horas. Y en la de agora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo, que después todo se andará.

Fue contenta la Juliana de obedecer a su mayor. Y así, todos volvieron a su *gaudeamus* y en poco espacio vieron el fondo de la canasta y las heces del cuero. Los viejos bebieron *sine fine*; los mozos, adunia¹⁵⁴; las señoras, los quiries¹⁵⁵. Los viejos pidieron licencia para irse. Dióselo luego Monipodio, encargándoles viniesen a dar

noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente a la comunidad. Respondieron que ellos se lo tenían bien en cuidado, y fuéronse.

Rinconete, que de suyo era curioso, pidiendo primero perdón y licencia, preguntó a Monipodio que de qué servían en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados. A lo cual respondió Monipodio que aquéllos, en su germanía y manera de hablar, se llamaban *avispones*, y que servían de andar de día por toda la ciudad avisgando en qué casas se podía dar tiento de noche y en seguir los que sacaban dinero de la Contratación¹⁵⁶, o Casa de la Moneda, para ver dónde lo llevaban y aún dónde lo ponían; y en sabiéndolo, tanteaban la groseza del muro de la tal casa y diseñaban el lugar más conveniente para hacer los guzpátaros —que son agujeros— para facilitar la entrada. En resolución, dijo que era la gente de más o de tanto provecho que había en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como Su Majestad de los tesoros; y que, con todo esto, eran hombres de mucha verdad, y muy honrados, y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada día oían misa con extraña devoción.

—Y hay dellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van agora, que se contentan con mucho menos de lo que por nuestros aranceles les toca. Otros dos que hay son palanquines¹⁵⁷; los cuales, como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad y cuáles pueden ser de provecho y cuáles no.

—Todo me parece de perlas —dijo Rinconete—, y querría ser de algún provecho a tan famosa cofradía.

—Siempre favorece el cielo a los buenos deseos —dijo Monipodio.

Estando en esta plática, llamaron a la puerta. Salió Monipodio a ver quién era, y preguntándolo, respondieron:

—Abra voacé, sor Monipodio, que el Repolido soy.

Oyó esta voz Cariharta y, alzando al cielo la suya, dijo:

—No le abra vuesa merced, señor Monipodio; no le abra a ese marinero de Tarpeya¹⁵⁸, a ese tigre de Ocaña¹⁵⁹.

No dejó por esto Monipodio de abrir a Repolido. Pero viendo la Cariharta que le abría, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles; y cerrando tras sí la puerta, desde dentro, a grandes voces decía:

—Quítenmele de delante a ese gesto de por demás, a ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas¹⁶⁰.

Maniferro y Chiquiznaque tenían a Repolido, que en todas maneras quería entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dejaban, decía desde afuera:

—¡No haya más, enojada mía! ¡Por tu vida que te sosiegues, así te veas casada!

—¿Casada yo, malino? —respondió la Cariharta—. ¡Mirá en qué tecla toca! ¡Ya quisieras tú que lo fuera contigo, y antes lo sería yo con una sotomía¹⁶¹ de muerte que contigo!

—¡Ea, boba! —replicó Repolido—, acabemos ya, que es tarde y mire no se ensanche por verme hablar tan manso y venir tan rendido; porque, ¡vive el Dador!¹⁶², si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaída que la caída. Humílese, y humillémonos todos y no demos de comer al diablo.

—Y aún de cenar le daría yo —dijo la Cariharta— por que te llevase donde nunca más mis ojos te viesen.

—¿No os digo yo? —dijo Repolido—. ¡Por Dios que voy oliendo, señora trinquete¹⁶³, que lo tengo de echar todo a doce¹⁶⁴, aunque nunca se venda!

A esto dijo Monipodio:

—En mi presencia no ha de haber demasías. La Cariharta saldrá, no por amenazas, sino por amor mío, y todo se hará bien; que las riñas entre los que bien se quieren son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces. ¡Ah Juliana! ¡Ah niña! ¡Ah Cariharta mía! Sal acá fuera, por mi amor, que yo haré que el Repolido te pida perdón de rodillas.

—Como él eso haga —dijo la Escalanta—, todas seremos en su favor y en rogar a Juliana salga acá fuera.

—Si esto ha de ir por vía de rendimiento que güela a menoscabo de la persona —dijo el Repolido—, no me rendiré a un ejército formado de esguízaros¹⁶⁵; mas si es por vía de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme de rodillas, pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio¹⁶⁶.

Riyéronse desto Chiquiznaque y Maniferro; de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacían burla dél, que dijo con muestras de infinita cólera:

—Cualquiera que se riere o se pensare reír de lo que la Cariharta o contra mí, o yo contra ella, hemos dicho o dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere o lo pensare, como ya he dicho.

Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararía en un gran mal si no lo remediaba. Y ansí, poniéndose luego en medio dellos, dijo:

—No pase más adelante, caballeros; cesen aquí palabras mayores y desháganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan a la cintura, nadie las tome por sí.

—Bien seguros estamos —respondió Chiquiznaque— que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios¹⁶⁷ por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decían, en manos estaba el pandero que lo supiera bien tañer.

—También tenemos acá pandero, sor Chiquiznaque —replicó el Repolido—, y también, si fuere menester, sabremos tocar los cascabeles, y ya he dicho que el que se huelga miente; y quien otra cosa pensare sígame, que con un palmo de espada menos hará el hombre que sea lo dicho dicho.

Y diciendo esto, se iba a salir por la puerta afuera. Estábalo escuchando la Cariharta y, cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo:

—¡Ténganle, no se vaya, que hará de las suyas! ¿No ven que va enojado y es un Judas Macarelo¹⁶⁸ en esto de la valentía? ¡Vuelve acá, valentón del mundo y de mis ojos!

Y cerrando con él, le asió fuertemente de la capa; y acudiendo también Monipodio, le detuvieron. Chiquiznaque y Maniferro no sabían si enojarse o si no, y estuviéronse quedos esperando lo que Repolido haría; el cual, viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo:

—Nunca los amigos han de dar enojo a los amigos ni hacer burla de los amigos, y más cuando ven que se enojan los amigos.

—No hay aquí amigo —respondió Maniferro— que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, dense las manos los amigos.

A esto dijo Monipodio:

—Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos.

Diéronselas luego. Y la Escalanta, quitándose un chapín, comenzó a tañer en él como en un pandero. La Gananciosa tomó una escoba de palma nueva, que allí se halló acaso, y, rascándola, hizo un son que, aunque ronco y áspero, se concertaba con el del chapín. Monipodio rompió un plato y hizo dos tejoletas, que, puestas entre los dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto al chapín y a la escoba.

Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invención de la escoba, porque hasta entonces nunca la habían visto. Conociólo Maniferro y díjoles:

—¿Admíranse de la escoba? Pues bien hacen, pues música más presta y más sin pesadumbre, ni más barata, no se ha inventado en el mundo. Y en verdad que oí decir el otro día a un estudiante que ni el Negrofeo¹⁶⁹, que sacó a la Arauz del infierno, ni el Marión¹⁷⁰, que subió sobre el delfín y salió del mar como si viniera caballero sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico¹⁷¹ que hizo una ciudad que tenía cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor género de música, tan fácil de aprender¹⁷², tan mañera¹⁷³ de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas, y tan sin necesidad de templarse; y aun —¡voto a tall!— que dicen que la inventó un galán desta ciudad que se pica de ser un Héctor en la música¹⁷⁴.

—Eso creo yo muy bien —respondió Rinconete—. Pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar.

Y así era la verdad, porque Monipodio le había rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban. Mas la que comenzó primero fue la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza¹⁷⁵ cantó lo siguiente:

—Por un sevillano rufo¹⁷⁶ a lo valón¹⁷⁷,
tengo socarrado¹⁷⁸ todo el corazón.

Siguió la Gananciosa cantando:

—Por un morenico de color verde,
¿cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran prisa al meneo de sus tejoletas, dijo:

—Riñen dos amantes; hácese la paz:
si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapín, se metió en danza y acompañó a las demás diciendo:

—Detente, enojado, no me azotes más;
que si bien lo miras, a tus carnes das.

—Cántese a lo llano —dijo a esta sazón Repolido—, y no se toquen estorias pasadas, que no hay para qué; lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta.

Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban a la puerta apriesa; y con ella salió Monipodio a ver quién era, y la centinela le dijo cómo al cabo de la calle había asomado el alcalde de la justicia, y que delante dél venían el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales.

Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al revés, dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turbado silencio toda la música. Enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido, y suspendióse Maniferro; y todos, cual por una y cual por otra parte, desaparecieron, subiéndose a las azoteas y tejados para escaparse y pasar por ellos a otra calle. Nunca ha disparado arcabuz a deshora, ni trueno repentino espantó así a banda de descuidadas palomas, como puso en alboroto y espanto a toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia. Los dos novicios, Rinconete y Cortadillo, no sabían qué hacerse, y estuviéronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca; que no paró en más de volver la centinela a decir que el alcalde se había pasado de largo, sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna.

Y estando diciendo esto a Monipodio, llegó un caballero mozo a la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio¹⁷⁹. Monipodio le entró consigo y mandó llamar a Chiquiznaque, a Maniferro y al Repolido, y que de los demás no bajase

alguno. Como se habían quedado en el patio Rinconete y Cortadillo, pudieron oír toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recién venido. El cual dijo a Monipodio que por qué se había hecho tan mal lo que le había encomendado. Monipodio respondió que aún no sabía lo que se había hecho; pero que allí estaba el oficial a cuyo cargo estaba su negocio, y que él daría muy buena cuenta de sí.

Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si había cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de a catorce.

—¿Cuál? —respondió Chiquiznaque—. ¿Es la de aquel mercader de la encrucijada?

—Ésa es —dijo el caballero.

—Pues lo que en eso pasa —respondió Chiquiznaque— es que yo le aguardé anoche a la puerta de su casa, y él vino antes de la oración. Lleguéme cerca dél, marquéle el rostro con la vista y vi que le tenía tan pequeño que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos; y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido y de hacer lo que llevaba en mi destrucción...

—*Instrucción* querrá vuesa merced decir —dijo el caballero—, que no *destrucción*.

—Eso quise decir —respondió Chiquiznaque—. Digo que, viendo que en la estrechez y poca cantidad de aquel rostro no cabían los puntos propuestos, por que no fuese mi ida en balde, di la cuchillada a un lacayo suyo; que a buen seguro que la pueden poner por mayor de marca.

—Más quisiera —dijo el caballero— que se la hubiera dado al amo una de a siete que al criado la de a catorce. En efeto, conmigo no se ha cumplido como era razón, pero no importa: poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal. Beso a vuestas mercedes las manos.

Y diciendo esto, se quitó el sombrero y volvió las espaldas para irse; pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traía puesta, diciéndole:

—Voacé se detenga y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja. Veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos o prendas que lo valgan.

—Pues ¿a esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra —respondió el caballero—: dar la cuchillada al mozo habiéndose de dar al amo?

—¡Qué bien está en la cuenta el señor! —dijo Chiquiznaque—. Bien parece que no se acuerda de aquel refrán que dice: «Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can».

—¿Pues en qué modo puede venir aquí a propósito ese refrán? —replicó el caballero.

—¿Pues no es lo mismo —prosiguió Chiquiznaque— decir: «Quien mal quiere a Beltrán, mal quiere a su can»? Y así, Beltrán es el mercader, voacé le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can se da a Beltrán, y la deuda queda líquida¹⁸⁰ y trae aparejada ejecución; por eso no hay más sino pagar luego sin apercibimiento de remate.

—Eso juro yo bien —añadió Monipodio—, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho. Y así, voacé, señor galán, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luego lo trabajado; y, si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la están curando.

—Como eso sea —respondió el galán—, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero.

—No dude en esto —dijo Monipodio— más que en ser cristiano; que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera que parezca que allí se le nació.

—Pues con esa seguridad y promesa —respondió el caballero—, recíbame esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada. Pesa mil reales, y podría ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos antes de mucho.

Quitóse, en esto, una cadena de vueltas¹⁸¹ menudas del cuello, y dióselo a Monipodio, que al color¹⁸² y al peso bien vio que no era de alquimia¹⁸³. Monipodio la recibió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado; la ejecución quedó a cargo de Chiquiznaque, que sólo tomó término de aquella noche.

Fuese muy satisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó a todos los ausentes y azorados. Bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio dellos, sacó un libro de memoria que traía en la capilla de la capa y dióselo a Rinconete que leyese, porque él no sabía leer. Abrióle Rinconete y en la primera hoja vio que decía:

MEMORIA DE LAS CUCHILLADAS QUE SE HAN DE DAR ESTA SEMANA

La primera, al mercader de la encrucijada: vale cincuenta escudos. Están recibidos treinta a buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque.

—No creo que hay otra, hijo —dijo Monipodio—; pasó adelante y miró donde dice «Memoria de palos».

Volvió la hoja Rinconete y vio que en otra estaba escrito:

MEMORIA DE PALOS

Y más abajo decía:

Al bodegonero de la Alfalfa¹⁸⁴, doce palos de mayor cuantía, a escudo cada uno. Están dados a buena cuenta ocho. El término, seis días. Secutor, Maniferro.

—Bien podía borrarse esa partida —dijo Maniferro—, porque esta noche traeré finiquito della. —¿Hay más, hijo? —dijo Monipodio.

—Sí, otra —respondió Rinconete— que dice así:

Al sastre corcovado que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía, a pedimiento de la dama que dejó la gargantilla: Secutor, el Desmochado.

—Maravillado estoy —dijo Monipodio— cómo todavía está esa partida en ser. Sin duda alguna debe de estar mal dispuesto¹⁸⁵ el Desmochado, pues son dos días pasados del término y no ha dado puntada en esta obra.

—Yo le topé ayer —dijo Maniferro—, y me dijo que, por haber estado retirado por enfermo el Corcovado, no había cumplido con su débito.

—Eso creo yo bien —dijo Monipodio—, porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que, si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿Hay más, mocito?

—No, señor —respondió Rinconete.

—Pues pasad adelante —dijo Monipodio— y mirad donde dice «Memorial de agravios comunes».

Pasó adelante Rinconete y en otra hoja halló escrito:

MEMORIAL DE AGRAVIOS COMUNES.

CONVIENE A SABER: REDOMAZOS¹⁸⁶, UNTOS DE MIERA, CLAVAZÓN DE SAMBENITOS¹⁸⁷ Y CUERNOS, MATRACAS¹⁸⁸, ESPANTOS, ALBOROTOS Y CUCHILLADAS FINGIDAS, PUBLICACIÓN DE NIBELOS¹⁸⁹, ETCÉTERA.

—¿Qué dice más abajo? —dijo Monipodio.

—Dice —dijo Rinconete—:

Unto de miera en la casa...

—No se lea la casa, que ya yo sé dónde es —respondió Monipodio—, y yo soy el tuáutem¹⁹⁰ y ejecutor desa niñería, y están dados a buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho.

—Así es la verdad —dijo Rinconete—, que todo eso está aquí escrito; y aún más abajo dice:

Clavazón de cuernos.

—Tampoco se lea —dijo Monipodio— la casa ni adónde; que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público; que es gran cargo de conciencia. A lo menos, más querría yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decirlo sola una vez, aunque fuese a la madre que me parió.

—El ejecutor desto es —dijo Rinconete— el Narigueta.

—Ya está eso hecho y pagado —dijo Monipodio—. Mirad si hay más, que, si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos; está dada la mitad, y el ejecutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumplirás al pie de la letra, sin que le falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos a esta parte.

«Dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay más y sé también que anda muy flaco el oficio. Pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer más de lo que quisiéremos; que no se mueve la hoja sin voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se venga nadie por fuerza, cuanto más que cada uno en su causa¹⁹¹ suele ser valiente y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos.»

—Así es —dijo a esto el Repolido—. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda; que se va haciendo tarde y va entrando el calor más que de paso.

—Lo que se ha de hacer —respondió Monipodio— es que todos se vayan a sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo; que nos juntaremos en este mismo lugar, y se repartirá todo lo que hubiere caído, sin agraviar a nadie. A Rinconete *el Bueno* y a Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo desde la Torre del Oro, por defuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar a sentadillas¹⁹² con sus flores; que yo he visto a otros de menos habilidad que ellos salir cada día con más de veinte reales en menudos¹⁹³, amén de la plata, con una baraja sola, y ésa, con cuatro naipes menos. Este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendáis hasta San Sebastián y San Telmo, importa poco, puesto que es justicia mera mixta¹⁹⁴ que nadie se entre en pertenencia de nadie.

Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacía, y ofreciéronse a hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y recato.

Sacó, en esto, Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo a Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no había tintero, le dio el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: «Rinconete y Cortadillo, cofrades: noviciado, ninguno. Rinconete, floreo; Cortadillo, bajón»¹⁹⁵, y el día, mes y año, callando padres y patria. Estando en esto, entró uno de los viejos avispones y dijo:

—Vengo a decir a vuestas mercedes como agora, agora, topé en Gradas a Lobillo el de Málaga, y dícame que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo Satanás; y que por venir maltratado no viene luego a registrarse y a dar la sólita¹⁹⁶ obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta.

—Siempre se me asentó a mí —dijo Monipodio— que este Lobillo había de ser único en su arte, porque tiene las mejores y más acomodadas manos para ello que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le ejercita como el ingenio con que le aprende.

—También topé —dijo el viejo— en una casa de posadas, en la calle de Tintores, al Judío, en hábito de clérigo, que se ha ido a posar allí por tener noticia que dos peruleros¹⁹⁷ viven en la misma casa, y querría ver si pudiese trabar juego con ellos aunque fuese de poca cantidad, que de allí podría venir a mucha. Dice también que el domingo no faltará de la junta y dará cuenta de su persona.

—Ese Judío también —dijo Monipodio— es gran sacre¹⁹⁸ y tiene gran conocimiento. Días ha que no le he visto, y no lo hace bien, pues a fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona; que no tiene más órdenes el ladrón que las tiene el turco, ni sabe más latín que mi madre. ¿Hay más de nuevo?

—No —dijo el viejo—; a lo menos que yo sepa.

—Pues sea en buen hora —dijo Monipodio—. Voacedes tomen esta miseria —y repartió entre todos hasta cuarenta reales—, y el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo corrido.

Todos le volvieron las gracias. Tornáronse a abrazar Repolido y la Cariharta, la Escalanta con Maniferro y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche, después de haber alzado de obra¹⁹⁹ en la casa, se viesen en la de la Pipota, donde también dijo que iría Monipodio al registro de la canasta de colar, y que luego había de ir a cumplir y borrar la partida de la miera.

Abrazó a Rinconete y a Cortadillo y, echándolos su bendición, los despidió encargándoles que no tuviesen jamás posada cierta ni de asiento, porque así convenía a la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque, a lo que creía y pensaba, Monipodio

había de leer una lición de posición²⁰⁰ acerca de las cosas concernientes a su arte. Con esto se fue, dejando a los dos compañeros admirados de lo que habían visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento y tenía un buen natural; y como había andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje y dábale gran risa pensar en los vocablos que había oído a Monipodio y a los demás de su compañía y bendita comunidad; y más cuando por decir *per modum sufragii* había dicho *per modo de naufragio*; y que sacaban el *estupendo*, por decir *estipendio*, de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un *marinero de Tarpeya* y un tigre de *Ocaña*, por decir *Hircania*, con otras mil impertinencias (especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que había pasado en ganar los veinte y cuatro reales lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados) a éstas y a otras peores semejantes. Y, sobre todo, le admiraba la seguridad que tenían y la confianza de irse al cielo con no faltar a sus devociones, estando tan llenos de hurtos y de homicidios y de ofensas de Dios. Y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada guardada en su casa y se iba a poner las candelillas de cera a las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida. No menos le suspendía la obediencia y respeto que todos tenían a Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado. Consideraba lo que había leído en su libro de memoria y los ejercicios en que todos se ocupaban. Finalmente, exageraba cuán descuidada justicia había en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria a la misma naturaleza, y propuso en sí de aconsejar a su compañero no durasen mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta.

Pero, con todo esto, llevado de sus pocos años y su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más luenga escritura. Y así se deja para otra ocasión contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquéllos de la infame academia; que todos serán de grande consideración y que podrán servir de ejemplo y aviso a los que las leyeren.

NOTAS

- 1** *venta del Molinillo*: estaba cerca de Almodóvar del Campo. Y a media legua, la del Alcalde, como se dirá.
- 2** En el sur de la provincia de Ciudad Real.
- 3** *corras*: «instrumento compuesto de dos pedazos de madera que se echa al pie o pierna y le abrazan de suerte que no se le puede quitar él mismo. Hoy se usa de él para castigar a los muchachos traviesos y maliciosos que se huyen de sus casas», *Autoridades*.
- 4** *montera*: «cobertura de cabeza de que usan los monteros, y a su imitación los demás de la ciudad», *Tesoro*.
- 5** *toquilla*: adorno del sombrero, como la actual cinta.
- 6** *falda*: «el ala del sombrero, que rodea la copa», *Auts*.
- 7** *camuza*: gamuza.
- 8** *manga*: «cierto género de cojín o maleta, abierta por las dos cabeceras, por donde se cierra y asegura con unos cordones», *Auts*.
- 9** *escueto*: libre.

- 10** *caireladas*: largas y negras.
- 11** Utilizado por los matarifes.
- 12** *alnado*: hijastro.
- 13** Pan y vino.
- 14** *avampiés*: «el guardapolvo o pedazo de tela pegado a la polaina, que sirve para cubrir los pies», *Auts*.
- 15** *Fuenfrida*: Fuenfría, puerto de la sierra de Guadarrama, cena de Segovia.
- 16** *arrimar al aldabilla*: «azotar el verdugo a un reo atado a la aldabilla que había en las cárceles», Alonso Hernández.
- 17** *mosqueasen*: azotasen.
- 18** *veintiuna*: juego de naipes; el ganador era el que conseguía esa suma de puntos o se acercaba más a ella.
- 19** *quinolas*: «juego de naipes en que el lance principal consiste en hacer cuatro cartas, cada una de su palo, y si la hacen dos, gana la que incluye más punto», *Auts*.
- 20** *parar*: «juego de naipes que se hace entre muchas personas, sacando el que le lleva una carta de la baraja, a la cual aprestan lo que quieren los demás; que si es encuentro como de rey y rey, gana el que lleva el naipe; y si sale primero la de éste, gana la parada, y la pierde si sale el de los paradores», *Auts*.
- 21** *ciencia vilhanesca*: de Vilhán, al que se le atribuye la invención de los naipes.
- 22** En el manuscrito *Porras* se precisa como *Mollorido*.
- 23** En *La gitaniella*, la gitana vieja, «hecha su Argos, no se apartaba de Preciosa».
- 24** *coger entre puertas*: «es aprehender a alguno en paraje de donde no puede escapar y obligarle con violencia a hacer lo que otro desea o quiere», *Auts*.
- 25** *soplado*: delatado.
- 26** *cañuto*: «soplón, delator», Alonso Hernández.
- 27** *espía*: «el que investiga y vigila por cuenta de los ladrones para indicarles los sitios y horas en que se puede robar; también el que trabaja por cuenta de la justicia para denunciar a los maleantes», Alonso Hernández. Si es *doble*, llevará a cabo ambas misiones.
- 28** *defenderían*: vedarían, impedirían.

29 *pelarse las barbas*: «locución con que se da a entender que alguno tiene algún disgusto tan grave que le obliga a enfurecerse y a hacer ademán de arrancarse las barbas», *Auts.*

30 Junto a las Atarazanas.

31 *almojarifazgo*: «cierta renta y derechos que se pagan al rey de las mercaderías que salen para otros reinos o entran en los de España por mar», *Auts.*

32 *camarada*: el grupo de caminantes.

33 Se solía llevar en la faltriquera un libro de hojas en blanco en donde se anotaba «todo aquello que no se quiere fiar a la fragilidad de la memoria», como dice *Auts.*

34 *presea*: «la alhaja, joya u cosa preciosa y de mucho valor y estimación», *Auts.*

35 *el salto hiciesen*: robasen.

36 *malbaratillo*: baratillo o rastro.

37 Temen ser condenados a remar en las galeras.

38 *alcabala*: «tributo u derecho real que se cobra de todo lo que se vende, pagando el vendedor un tanto por ciento de toda la cantidad que importó la cosa vendida», *Auts.*

39 *espuerta*: capacho.

40 *galima*: «hurto pequeño y frecuente», Alonso Hernández.

41 *estrena*: equívoco, por jugar con su doble sentido: el soldado es su primer diente, y éste le promete buena «recompensa».

42 *acedía*: «pescado muy semejante al lenguado o especie de él, sólo que es más pequeño y plano», *Auts.*

43 *hacerles la salva*: probarlas (del probar los alimentos y bebidas que los servidores hadan para evitar que se envenenara a los señores).

44 andando en 1613.

45 *sahumada*: «volver una cosa a su dueño sahumada es volverla más bien tratada que él la dio», *Tesoro.*

46 *paulina*: «la carta o edicto de excomunión que se expide en el Tribunal de la Nunciatura u otro pontificio. Llamóse así porque en tiempo del papa Paulo III tomó fuerza la costumbre de estos edictos», *Auts.*

47 *saldrá en la colada*: «de alguna cosa que parece se deja sin advertir y castigar, suelen decir: todo saldrá en la colada; conviene a saber, cuando se remate con la última cuenta», *Tesoro.*

- 48** *quién fue Callejas*: «expresión familiar con que alguno se jacta de su poder o autoridad. También se dice en sentido irónico hablando del poder o habilidad de otra persona», *Diccionario de la RAE*.
- 49** *ardite*: moneda de poco valor que circuló en Cataluña, de ahí el significado de «muy poca cosa».
- 50** *randado*: adornado con encaje.
- 51** Las gradas de la catedral de Sevilla.
- 52** *bernardinas*: «razones que ni atan ni desatan y no significando nada. Pretende el que las dice, con su disimulación, engañar a los que le están oyendo», *Tesoro*.
- 53** *voacedes*: vuestras mercedes.
- 54** *entrevan*: entienden (germanía).
- 55** *murcio*: ladrón (germ.).
- 56** *horro*: libre.
- 57** *pecho, alcabala*: tributos.
- 58** La garganta, para la cuerda de la horca; las espaldas, para el látigo.
- 59** *además*: «con exceso, con demasía», *Auts*.
- 60** *finisbusterrae*: horca (Alonso Hernández).
- 61** *envesado*: azotado (A.H.).
- 62** *gurapa*: «galera a que se condenaba a los delincuentes para que remasen en ella», A.H.
- 63** *tología*: teología.
- 64** *ansia*: este término junto con *cuatrero*, *roznos*, *primer desconcierto*, los define en el texto el *mozo*.
- 65** *cuartanario*: con *cuartanas*.
- 66** *cantar*: confesar.
- 67** Acorde con la «piedad» que muestran, parece una boda y no un robo.
- 68** hora es el término omitido; adviértase el *zeugma*.
- 69** *aljimifrado*: «afeitado y arrebolado», *Auts.*, que se apoya en esta cita.

70 *alhaja*: «todo aquello que está destinado para el uso y adorno de una casa [...] como son colgaduras, camas, escritorios, etc.», *Auts.*

71 *almofia*: aljofaina.

72 *cepo*: «arquilla o caja [...] con su cerradura y una abertura estrecha en medio de la tapa cuanto pueda caber por ella una moneda», *Auts.*

73 *bayeta*: «tela de lana muy floja y rala», *Auts.*

74 *halduda*: faldudca, de gran falda.

75 *balumba*: gran bulto.

76 *marca*: medida.

77 *cejijunto*: cecijunto en 1613.

78 *zara güelles*: «especie de calzones que se usaban antiguamente, anchos y follados en pliegues», *Auts.*

79 *tahali*: «cincho o cinto ancho que cuelga desde el hombro derecho hasta lo bajo del brazo izquierdo», *Auts.*

80 *las del perrillo*: espadas fabricadas por el armero del siglo XV Julián del Rey; llevaban por marca un perro pequeño. «Tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo.» le dice a don Quijote «el autor», II, 17.

81 *hembras*: anchas y cortas.

82 *mi sor*: mi señor.

83 *desamine*: examine.

84 *a medio magate*: «con descuido», *Auts. (mogate)*. Alonso Hernández indica cómo «se emplea frecuentemente para describir la mímica de bravos y rufianes».

85 *estupendo*: estipendio.

86 *se garbea*: se roba.

87 *naufragio*: sufragio. Se acumulan los barbarismos.

88 *guro*: alguacil (germ.).

89 *socorrida*: «prostituta que ayuda y socorre con sus ganancias a los condenados por justicia», A.H.

- 90** *trena*: cárcel.
- 91** *guras*: galeras.
- 92** *adversario*: aniversario.
- 93** *popa*: pompa.
- 94** El narrador acata la voluntad de Monipodio y a partir de ahora utilizará tal nombre.
- 95** Esa afirmación confirma la hipótesis de Avalor —Arce de que Monipodio no dijo *popa* y *solenidad*, como figura en el texto, sino *popa* y *soledad*.
- 96** *floreo*: «conjunto de trampas y astucias empleadas para robar en el juego», A.H.
- 97** *retén*: «en el juego, fullería que consiste en retener un fullero una carta que no le corresponde o tener otras escondidas entre su ropa para sacarlas en el momento oportuno», A.H.
- 98** *humillo*: «fullería que consistía en tizar ligeramente con humo los naipes de la baraja», A.H.
- 99** *sola*: «en el juego del hombre y otros de naipes, lance en que se hacen todas las bazas necesarias para ganar», A.H.
- 100** *las cuatro*: «fullería que consiste en guardar un fullero varias cartas y colocarlas después durante el juego en la baraja para que salgan cuando él quiera o para que se queden en la baraja», A.H.
- 101** *las ocho*: no precisa Alonso Hernández qué tipo de fullería es.
- 102** *raspadillo*: «raspado que el fullero hace a los naipes para reconocerlos durante el juego y hacer así trampas», A.H.
- 103** *verrugeta*: «trampa que consiste en marcar las cartas con verruquillas», A.H.
- 104** *colmillo*: «trampa en el juego de naipes que consistía en marcarlos bruñéndolos en algunas partes con un colmillo de cerdo», A.H.
- 105** *boca de lobo*: «trampa que consiste en que el fullero se deja ganar poco a poco para que el contrario se confíe y entonces ganarlo con más facilidad» (A.H.). Pero Sieber describe así esta fullería: «es un hueco que se hace entre los naipes en la baraja y señala el lugar donde se la debe cortar» (nota III a su edic.). Cita a F. de Luque Fajardo, quien, en efecto, habla de la «flor» *boca de lobo* y mencionó también antes la *verruquilla* (*Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, II, Madrid, RAE, 1955, pp. 35-36).
- 106** *tercio de chanza*: «el que ayuda a otro en un robo», A.H.

I 07 *dar astillazo*: lo describe E de Luque fajardo: «Cuando uno déstos [fulleros] quiere quitar las suertes, que derechamente vienen a su contrario, vuelve a recorrer las cartas poniendo en medio otra, y a esto llaman *dar astillazo*», II, pp. 25-26.

I 08 *flores de cantueso*: «las trampas empleadas en el juego que son demasiado fáciles y conocidas por todos», A.H.

I 09 *blanco*: «el jugador novato y sin experiencia», A.H.

I 10 *mete dos y saca cinco*: «robar; meter el ratero dos dedos en una bolsa para robar lo que tiene dentro», A.H.

I 11 *gorja*: garganta.

I 12 *sobrelleve*: dispense, exima.

I 13 *nata*: annata, «la renta y frutos o emolumentos que produce en un año un beneficio eclesiástico o un puesto político», Auts.

I 14 *recaudo*: recado.

I 15 *piar el turco*: «beber el vino», A.H.

I 16 *entrujasen*: robasen (A.H.). Luego: en seguida.

I 17 *gurullada*: «tropa de corchetes y alguaciles», A.H.

I 18 *manifestado*: declarado, dado a conocer.

I 19 *levas*: «treteta, artimaña, flor o trampa mediante la cual se puede allegar dinero», A.H.

I 20 *cica*: «bolsa», A.H.

I 21 Alonso Pérez de Guzmán, alcaide de Tarifa, dejó que los musulmanes matasen a su hijo antes que entregar la plaza sitiada.

I 22 *afeitados*: con afeites, maquillados.

I 23 *albayalde*: polvo blanco usado como afeite. «La substancia del plomo que, metido en vinagre fuerte, se disuelve y evapora en polvo a manera de cal», Auts.

I 24 *anascote*: «especie de tela o tejido que se fabrica de lana, de que se hacen mantos y otras cosas», Auts.

- I25** *casa llana*: prostíbulo.
- I26** *diestro*: «el que es muy hábil en jugar la espada o las armase», *Auts.*
- I27** *trainel* «voz de la germanía que significa el criado del rufián que lleva y trae recados o nuevas», *Auts.*
- I28** *cortar la cólera*: «comer», A.H. Don Quijote y Sancho «almorzaron de la sobras del real [...], bebieron del agua del arroyo [...]. Cortada, pues, la cólera...», *Quijote, I, 21.*
- I29** *cernada*: «mezcla o lejía de ceniza y agua que sirve para colar la ropa», *Auts.*
- I30** *ijadear*: «menear mucho y aceleradamente las ijadas ocasionado del cansancio excesivo», *Auts.*
- I31** *gato*: «bolsa o faltriquera», A.H.
- I32** *a boca de sorna*: «a boca de noche, al crepúsculo vespertino», *Tesoro.*
- I33** *cata y cala*: «la diligencia que hacen para averiguar la cantidad de bastimentos y provisión. La cala se entiende de lo sólido y árido, y la cata de lo líquido», *Tesoro.*
- I34** *trasañejo*: de tres años.
- I35** *escarcela*: «bolsa o bolsillo atado al cinto», *Auts.*
- I36** *trocado*: suelto.
- I37** *llamativo*: «manjar que por estar muy salado o picante provoca y excita la sed», *Auts.*, que se apoya en este texto.
- I38** *jaez*: calidad.
- I39** *tolondrones*: chichones.
- I40** *bajamanero*: «voz de la germanía que significa el ladrón que entra en una tienda y, señalando con la una mano una cosa, hurta con la otra lo que tiene junto a sí», *Auts.*
- I41** *lendroso*: con liendres.
- I42** *respecto*: respeto, «compañero o rufián de prostituta», *Auts.*
- I43** *boquear*: «pronunciar alguna palabra como para pedir o quejarse», *Auts.*
- I44** *adiva*: «cierta especie de animal muy común en África y muy parecido al perro [...], sólo que la cola es como la de la zorra», *Auts.*, descripción que coincide con la del chacal, aunque el *Diccionario de la RAE*

registra *adiva* como «mamífero parecido a la zorra» que se trajo de Asia a Europa domesticado. Don Quijote dice: «justo castigo del cielo es que a un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas, y le hallen puercos», *Quijote*, II, 68.

I45 *parado*: maltratado.

I46 También usa esta exclamación Sancho: «—¡Y montas que no sabría yo autorizar el litado!», *Quijote*, I, 21.

I47 *petrina*: pretina, correa.

I48 *hierros*: armas.

I49 *que*: en en 1613.

I50 *treta*: término de esgrima, lance.

I51 ¡El poder del verso!

I52 *en daca las pajas*: «frase con que se significa la brevedad y facilidad con que se puede hacer una cosa», *Auts.*

I53 *henchir las medidas*: «decir alguno su sentimiento a otro claramente sin rebozo ni adulación», *Auts.*, que se apoya en esta cita.

I54 *adunia*: con abundancia.

I55 *beber los quiries*: «beber los kirios o kiries, beber mucho (bebidas alcohólicas) y brindando con otros», *A.H.*

I56 *Contratación*: Casa de la Contratación o Lonja.

I57 *palanquines*: ladrones.

I58 Deturpación muy conocida del comienzo del romance «Mira Nero de Tarpeya».

I59 Deturpación de Hircania. También se lo dice Preciosa a la señora tenienta.

I60 *duenda*: «lo mismo que manso y casero. Es epíteto que de ordinario se da a las palomas mansas y caseras», *Auts.*

I61 *sotomía*: anatomía, esqueleto.

I62 *Dador*: Dios.

- I 63** *trinquete*: prostituta (A.H.).
- I 64** *echar a doce*: «frase que significa desbarrar, enfadarse y meter bulla a alguna cosa», *Auts*.
- I 65** *esguizaros*: barbarismo por jenízaros, soldados de infantería de la guardia del emperador de los turcos (aparecen acompañando a Alí Bajá en *El amante liberal*).
- I 66** Como esclavo.
- I 67** *monitorios*: admonitorios, admoniciones, advertencias.
- I 68** *Macarelo*: barbarismo por *Macabeo*, «Judas, que por su valentía fue llamado Macabeo, que en lengua griega vale tanto como peleador o valiente guerrero», *Tesoro*.
- I 69** *Negrofeo*: Orfeo, el extraordinario músico que intentó sacar a su amada Eurídice (*Arauz*, según Maniferro) del Hades.
- I 70** *Marión*: Arión, músico de Lesbos, que salvó su vida gracias a un delfín que, seducido por su canto, lo llevó en su lomo a tierra (había sido arrojado al mar por marineros que querían robarle).
- I 71** *Anfión*, arpista. Con su música atraía a las piedras y rodeó así de murallas la ciudad de Tebas, que fundó con su hermano.
- I 72** *deprender*: aprender.
- I 73** *mañera*: fácil.
- I 74** Héctor no es por antonomasia músico; disparate, por tanto.
- I 75** *quebradiza*: «se suele llamar alguna vez la voz, para alabar los quiebro, pausas y gorgoros», *Auts*.
- I 76** *rufó*: rufián.
- I 77** *valón*: del ducado de Borgoña.
- I 78** *socarrado*: pasado por el fuego.
- I 79** *de barrio*: «es andar en traje acomodado, sin formalidad, con conveniencia y familiaridad», *Auts*.
- I 80** *líquido*: «claro, manifiesto y que no tiene duda alguna», *Auts*.
- I 81** *vueltas*: eslabones.
- I 82** colar en 1613.

- 183** *de alquimia*: falsa.
- 184** De la plaza sevillana de la Alfalfa.
- 185** *mal dispuesto*: indispuerto.
- 186** *redomazo*: golpe con una redoma.
- 187** *sambenito*: «el letrero que se pone en las iglesias con el nombre y castigo de los penitenciados, con una aspa roja encima», *Auts.*
- 188** *matraca*: «burla y chasco que se da a uno, zahiriéndole y reprehendiéndole alguna cosa que ha hecho», *Auts.*
- 189** *nibelo*: barbarismo por *libelo*.
- 190** *tuáutem*: «el sujeto que se tiene por principal y necesario para alguna cosa», *Auts.*
- 191** Se suele editar *casa*, pero en 1613 figura *causa*.
- 192** *a sentadillas*: «con un modo particular de estar sentado, como el que usan las mujeres cuando van a caballo, con ambas piernas hacia un lado», *Auts.*
- 193** *menudos*: monedas de cobre.
- 194** *justicia mera mixta*: frase construida sobre *mero mixto imperio*: «la jurisdicción comunicada por el príncipe al señor de vasallos o a los magistrados, para juzgar las causas y castigar los delitos, imponiéndoles la pena corporal correspondiente», *Auts.*
- 195** *bajón*: ladrón.
- 196** *sólita*: acostumbrada.
- 197** *perulero*: enriquecido en las indias.
- 198** *sacre*: «el que roba o usurpa con habilidad», *Auts.*
- 199** *alzarla obra*: «acabar el trabajo», *Tesoro*.
- 200** *posición*: oposición.

unas palabras sobre



Rinconete y Cortadillo,
una novela ejemplar «andaluza» de Cervantes

ROSA NAVARRO DURÁN

GALERIA DE CELEBRIDADES

EN TODOS LOS RAMOS, ÉPOCAS Y PAISES



J. Millon, lit.

M. Sarr, del.

Lit. de E. L. Arnaut. Atocha S.A.

CERVANTES

Un día de verano dos muchachos, «muy descosidos, rotos y maltratados», se encuentran en una venta al sur de la provincia de Ciudad Real; tienen entre catorce y dieciséis años y se dirigen a la misma ciudad: Sevilla.

Así comienza Miguel de Cervantes la novela *Rinconete y Cortadillo*. Francisco Porrás de la Cámara, racionero de la catedral de Sevilla, lo copiaría hacia 1604-1605, junto con *El celoso extremeño*, otra de las *Novelas ejemplares* «sevillana», para que el cardenal arzobispo de la ciudad, don Fernando Niño de Guevara, se divirtiera. Más tarde Cervantes introduciría cambios en ambos relatos, suavizando pasajes y quitando precisiones, como el año del encuentro de los protagonistas, 1569, o el nombre de la aldea de Cortado, Mollorido.

La novela estaba en «una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla» que guardaba

el ventero de la primera parte del *Quijote*: alguien la dejó olvidada en la venta de Juan Palomeque el Zurdo. En ella hay «unos papeles de muy buena letra, escritos a mano», pero lo escrito será otra novela, *El curioso impertinente*, que lee el cura y todos escuchan; en uno de los forros de la maleta está La Novela de *Rinconete y Cortadillo*, que el ventero da al cura cuando se marcha. Como no se lee en la venta, no forma parte del *Quijote*, pero su fecha, la de 1605 pone límite final al periodo en que Cervantes la pudo escribir; del mismo modo que la de 1599, en que se imprime el *Guzmán de Alfarache*, será la que marca su comienzo. Rincón y Cortado le deben mucho al Pícaro por excelencia, a Guzmán. Esta novela se imprimió junto con las otras once *Novelas ejemplares* en Madrid, por Juan de la Cuesta, en 1613.

El encuentro de los dos pícaros

Pedro del Rincón y Diego Cortado se sientan uno frente al otro a la hora de la siesta en un cobertizo delante de la venta del Molinillo y allí se darán sus señas de identidad. Nada dirán de su vida anterior, sólo el oficio de su padre y poco más, pero sí hablarán de sus dos habilidades: el robo y el juego. Rincón y Cortado son ladronzuelos y tahúres, «pícaros»; juntarán sus fuerzas y mañas y sellarán su amistad con un abrazo. Rincón, que es el mayor, para animar a su compañero a sincerarse, le cuenta su vida al modo que el lector reconocerá muy bien, con la fórmula del comienzo de la autobiografía picaresca:



Diseño de la cárcel pública de Sevilla, Juan Navarro, 1569. Ministerio de Cultura. Archivo Histórico Nacional, Madrid. Sección de Consejos, MPD nº 343. Fuente: *La ciudad de Cervantes: Sevilla, 1587-1600*, Fundación El Monte, 2005

«Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida [...]. Mi nombre es Pedro del Rincón. Mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada: quiero decir que es bulero o buldero, como los llama el vulgo». Luego le hablará de su «oficio», cuyo instrumento son los naipes; ya había anotado su presencia el narrador al hacer su retrato. Le anima a colaborar con él para armar la red y que caiga algún pájaro; como le aclara: «quiero decir que jugaremos los dos a la veintiuna como si fuese de veras», para conseguir un tercero, que será el que pierda el dinero.

La primera víctima de su alianza es un arriero que se hospedaba en la venta; los ve jugar a las cartas, los ve muchachos y cree que será fácil ganarles. Va a acabar desplumado, y así quedarán patentes las habilidades de los que van a ser inseparables ya: Rincón y Cortado.

Emprenderán su viaje hacia su meta, Sevilla, y lo harán cómodamente gracias al ofrecimiento de unos caminantes a caballo. El lector sabe que sigue leyendo un relato picaresco porque la geografía es real, ellos van caminando y ensartan así encuentros en esta primera etapa itinerante, y, sobre todo, son ambos ladronzuelos y jugadores de ventaja. Lo que sucede es que el pícaro no está aquí solo; son dos, y así podrán ser cómplices y dialogar; el arte cervantino sabe mezclar con maestría ingredientes novelescos, y sabe además diferenciar las dos voces, los dos personajes. Rincón, un poco mayor, es hijo de buldero (y nos lleva al tratado quinto del *Lazarillo*) y sabe leer, mientras que Cortado, hijo de sastre, no. Aquel es especialista en juegos de cartas, y este, en pequeños hurtos. La novela comienza con su encuentro.

Sevilla, ciudad abierta

En la primera parte del *Quijote*, que debió de componer Cervantes a la par que esta novela, las mozas de partido que están a la puerta de la primera venta donde se aloja don Quijote se dirigen a Sevilla. También lo hará una señora



Vista de Sevilla. Anónimo español. Museo Nacional del Prado.

vizcaína para reunirse con su marido que iba a las Indias; y Vivaldo y su compañero, después de participar en las exequias de Grisóstomo le rogará a don Quijote que se fuera con ellos a Sevilla «por ser lugar tan acomodado a hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno»; pero Don Quijote tiene pendiente despejar aquellas sierras de ladrones malandrines y no quiere ni debe —dice— acompañarles.

Allá se dirigen los dos pícaros no sin antes robar Cortado «dos camisas buenas, un reloj de sol y un librito de memoria» de la valija de uno de los viajeros, un francés. Su venta les permitirá

adquirir los instrumentos de su primer oficio, las esportillas. En su ejercicio, en la plaza de San Salvador, descubrirán que en su admirada ciudad el robar no es libre.

Antes han recorrido y admirado la ciudad. Verán en el río seis galeras, y temen «el día que sus culpas les habían de traer a morar en ella de por vida»; se proyecta en ese temor la sombra de Guzmán de Alfarache, que escribe desde ellas. Y lo primero que hacen, al ejercer su oficio, nos indica que no van desencaminados, porque Cortado robará a uno que parece estudiante y será sacristán una bolsa con dinero «sagrado y bendito» porque lo había cobrado para un capellán, amigo suyo; y enredándole con la palabra, rematará la faena robándole un pañuelo. Nadie duda del oficio liberal....de manos que tiene Cortado. Esa bolsa va a reaparecer más adelante, y así comprobaremos que en Sevilla no se pierde nada.

Otro mozo de esportilla habrá observado la actuación de los dos muchachos, se les acercará y en un lenguaje que no entienden –es germanía o jerga de rufianes– les preguntará si son ladrones y si han pasado por la aduana del señor Monipodio. En ese momento, Rincón y Cortado «descubren» la verdadera Sevilla y ven que no es plaza libre. Seguirán a su guía y llegarán al centro de la organización del hampa sevillana, el patio de Monipodio. A partir de entonces, ya no actúan casi, observan, ven, anotan; pasan a ser el marco que encuadra la realidad que le interesa pintar a Cervantes: la cofradía de Monipodio.



Vista de Sevilla. Anónimo. Colección El Monte, Sevilla. Fuente: *La ciudad de Cervantes: Sevilla, 1587-1600*, Fundación El Monte, 2005.

Escenas en el patio de Monipodio

Su destino será una casa de muy mala apariencia; nada hace sospechar por fuera que en su patio se organiza el mal vivir en la ciudad. Ya en él, Rincón y Cortado, en espera silenciosa, observan lo que hay en el patio y la gente que va llegando. Rincón se atreve a entrar en una sala baja, y en ella verá dos espadas de esgrima, y delante una imagen de la Virgen, con su esportilla para limosnas y su aljofaina con agua bendita; queda así resumido el comportamiento de la



devota cofradía, de la «virtuosa compañía». Van entrando en el patio estudiantes, mozos de la esportilla, un ciego, dos viejos con grandes rosarios, una devota vieja, dos bravos..., hasta catorce personas de «diferentes trajes y oficios»; hasta que baja el esperado señor Monipodio, «de edad de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejjunto, barbinegro y muy espeso». El retrato de la espantosa figura del jefe del hampa desemboca en la presentación de los dos recién llegados, que, tras ser examinados, quedan admitidos en la cofradía con los nombres de Rinconete y Cortadillo. Callarán patria y padres, y hablarán sólo de lo que importa: sus habilidades, es decir, las trampas en el juego, el arte de robar; quedarán dispensados del año de noviciado por sus tan satisfactorias respuestas.

Enseguida actuarán como cofrades porque el centinela anuncia la presencia de un alguacil, amigo de Monipodio, que viene a reclamar la bolsa robada al sacristán, de la que nada sabe la santa cofradía. Rinconete y Cortadillo darán muestra de su fidelidad devolviéndola junto al pañuelo robado; así acabará la intervención de los dos pícaros. Se ha puesto de manifiesto el control que de todo robo tiene Monipodio y también el perfecto funcionamiento de la compañía: el alguacil les encubre, y ellos quieren suponer que los santos los protegen.

Cambiará la escena, porque van a entrar dos prostitutas, parejas de dos de los rufianes, con una canasta llena de comida y bebida. Va a dar comienzo al banquete de la

Puerto de Sevilla (ca. 1650). Anónimo. The Hispanic Society of America, Nueva York. Fuente: *La ciudad de Cervantes: Sevilla, 1587-1600*, Fundación El Monte, 2005.

canasta porque todos se sentarán a la redonda de una estera, en donde ponen el contenido. Una vieja devota, la señora Pipota, que había ido a rezar sus oraciones y a dar cuenta a Monipodio de que en su casa habían depositado unos rufianes de la cofradía otra cesta parecida, mostrará lo bien que sabe beber sin abandonar sus invocaciones santísimas; se marchará para cumplir encargos santos de las devotas prostitutas. Unos golpes a la puerta interrumpirán el almuerzo, pero serán sólo del centinela que anuncia la llegada de otro personaje, Juliana la Cariharta, «desgreñada y llorosa», apaleada por su rufián, Repolido.

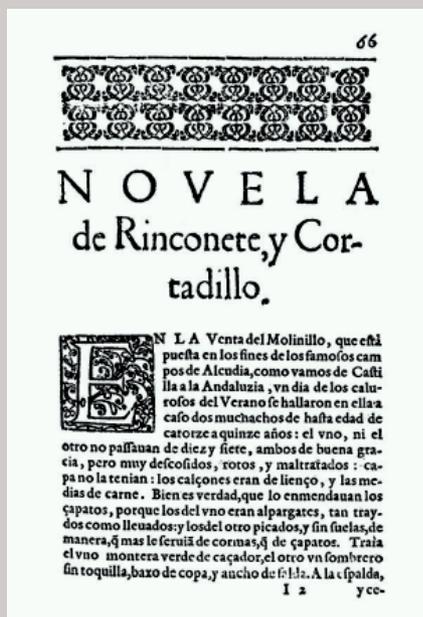
El entremés de la Cariharta

Va a empezar ahora una pequeña pieza teatral, un entremés; sus personajes son rufianes y prostitutas, y tendrá incluso su final de fiesta. La ramera maltratada por su chulo «porque no le ha dado el dinero que él creía que había ganado» no podía en ese momento ser protagonista de una escena dramática, sino cómica. Todos la calman y consuelan, y la Cariharta se incorpora al banquete. Se marcharán los viejos avispones, ojeadores de ocasiones y de robos; pero uno de ellos reaparecerá al final con datos que indican su «trabajo». No tardará en llamar a la puerta el personaje que faltaba: el Repolido, el rufián. La extrema sensibilidad del personaje ante lo que él interpreta risas a su costa de Chiquiznaque y

Maniferro, otros dos rufianes, está a punto de desembocar en batalla campal; pero ahí está Monipodio para imponer la paz entre sus hombres. Todo acabará bien: se darán las manos como amigos, y la Cariharta aceptará las excusas de su chulo. El baile, con coplas alusivas al episodio, se llevará con música de chapín, un plato roto y una escoba. Un nuevo aviso del centinela pondrá fin de forma súbita al jolgorio; pero es una falsa alarma porque el alcalde de la justicia con «dos corchetes neutrales» pasan de largo.

El libro de memoria de Monipodio

Se sosiega «aquella compañía y buena gente», como dice irónicamente el narrador, y aparece en la puerta un nuevo personaje que sirve de entrada a otro asunto: los trabajos de encargo que lleva a cabo la cofradía. Viene a reclamar, porque la cuchillada por la que pagó un adelanto no se ha dado; la explicación de Chiquiznaque, el encargado de darla, subraya el dominio de la ironía de Cervantes: la cara del que debía haber sido la víctima era pequeña y no permitía una cuchillada «de a catorce», y el rufián se la había dado a su lacayo. El caballero, no conforme, no está dispuesto a pagar lo que queda pendiente; y cuando parecía que de nuevo iba a empezar un peligroso conflicto, se avienen las dos partes con la promesa de una cuchillada a la medida de la cara del mercader y el pago del nuevo encargo.



Portada de *Rinconete y Cortadillo* de la primera edición de *Novelas ejemplares*, Madrid, 1613.

Es un caso que ilustra el contenido del libro de memoria de Monipodio, que va a leer Rinconete porque el jefe del hampa no sabe. Ahí están los encargos del «trabajo» que la cofradía lleva a cabo. Tras la lectura de lo hecho y por hacer, viene la atribución a Rinconete y Cortadillo de espacio en la ciudad para su actuación; ellos figurarán ya con su especialidad en la lista de cofrades: «Rinconete, floreo; Cortadillo, bajón», o lo que es lo mismo, tahúr y ladrón, respectivamente. Un abrazo y una bendición de Monipodio cierra el capítulo; Ganchoso, su guía, les acompañará a sus puestos.

Final ejemplar

Los dos amigos quedan «admirados de lo que habían visto»; pero será Rinconete quien cerrará la novela con sus reflexiones, del mismo modo que él fue también quien la comenzó con el relato de su vida. Como es hijo de buldero y sabe leer, comenta para sí y se ríe del uso de la lengua de los rufianes y sus deturpaciones, de la mezcla asombrosa de delito y devoción de la cofradía. Cervantes ironiza de esta manera sobre la práctica externa y vacía de una devoción religiosa, como había denunciado el erasmismo.

Se resume a modo de recuerdo del personaje lo vivido: la Cariharta y lo que decía del Repolido, las devociones de la vieja Pipota, que guardaba en su casa una canasta robada, la obediencia y respeto que todos tenían a Monipodio, lo que

había leído en su libro de memoria...Y llega a la conclusión de «cuán descuidada justicia había en aquella tan famosa ciudad de Sevilla». Incluso hace el buen propósito de decir a su compañero que debían dejar cuanto antes «aquella vida tan perdida y tan mala».

El narrador, sin embargo, señala que pasaron unos cuantos meses hasta el cumplimiento de este buen propósito, «en los cuales le sucedieron cosas que piden más lengua escritura», y deja para otra ocasión «contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquéllos de la infame academia». Es un final abierto, como caracteriza al relato picaresco; y añade la ejemplaridad que justifica la compilación de las novelas: «podrán servir de ejemplo y aviso a los que las leyeren». En la primera versión de la obra, se decía que se contaría «en otra parte, la vida, muerte y milagros» de los dos muchachos; en la impresa la supresión de la palabra «muerte» reduce a una medida proporcionada a lo narrado esa materia supuestamente por contar y además se sitúa dentro de lo preceptivo porque los pícaros no mueren ya que son ellos los que cuentan su autobiografía; aunque en este caso, Cervantes no utilice esa fórmula narrativa, el relato en primera persona, sí quiso, con su labor de lima, mantener a los personajes dentro del esquema del género.



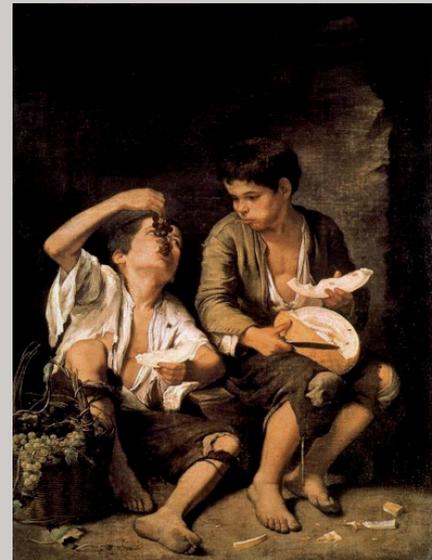
Entrada al Patio de los Naranjos en la Catedral de Sevilla. Grabado de Pablo Alabern.

El escenario del relato: Sevilla

Sevilla es el destino de los dos mozalbetes pícaros; la Casa de Contratación había convertido la ciudad en el emporio comercial de aquel tiempo y, por tanto, en el centro de todo trasiego –bueno y malo– de negocio. En la ciudad se acaba su viaje y su breve itinerancia; van a entrar por la puerta de la Aduana. Venderán el robo de las camisas en el baratillo que se hacía fuera de la puerta del Arenal. Luego irán a ver la ciudad.

Quedarán admirados de la suntuosidad de su catedral –la iglesia mayor– y de la gran cantidad de gente que había en el río porque era tiempo en que se cargaba la flota para las Américas; hay en él nada menos que seis galeras.

Llegará el momento de ponerse a la labor, y su mentor será «un muchacho asturiano», porque no son los únicos chavales que acuden a Sevilla a ganarse la vida como pueden. No está sujeto a señor, aunque sea de la estirpe de los mozos de muchos amos, porque ha descubierto el oficio de esportillero, que le permite comer, beber en los bodegones de la ciudad y ser libre. Les dirá los puestos adonde acudir para ejercer tal oficio: «por las mañanas, a la Carnicería y a la plaza de San Salvador; los días de pescado, a la Pescadería y a la Costanilla; todas las tardes, al río; los jueves, a la Feria». Esos son lugares en donde se requiere transporte de mercancías, esportilleros, los «mensajeros» de entonces.



Niños comiendo uvas y melón. Bartolomé Esteban Murillo. Alte Pinakothek, Munich.



Rinconete y Cortadillo. Grabado de la edición de *Novelas ejemplares* impresa en Madrid por Antonio Sancha en 1783

Elegirán la plaza de San Salvador, y allá empiezan los dos a ejercer su oficio; Rincón tendrá como cliente a un soldado, y Cortado, a un supuesto estudiante. Pero él no se resiste a ejercer también su arte, y al robar la bolsa del que resultará

ser un sacristán, topará con la iglesia y, sobre todo, con el hampa. La escena culminará con el robo de un pañuelo al desesperado sacristán en las Gradas, en la misma entrada de la catedral. La pregunta que les hace otro mozo de la esportilla en lenguaje de germanía pone fin a su vida callejera libre, porque, si son ladrones, hay que pertenecer a la cofradía de Monipodio.

El camino por las calles sevillanas hasta el patio donde se reúne les servirá para el aprendizaje de los términos de germanía esenciales. Llegan a una casa de muy mala apariencia y entran en el pequeño patio ladrillado limpísimo. Estamos ya en un patio sevillano, y también en el corazón de la organización del hampa. Todo va a suceder ahora en él, o en una sala contigua. Los golpes a la puerta marcan la sucesión de escenas. Fuera están el peligro para tan santa cofradía y las devociones. La vieja Pipota tiene que ir a poner candelitas a Nuestra Señora de las Aguas y al Santo Crucifijo de Santo Agustín; y la Gananciosa le pide que le ponga a San Miguel, a San Blas –a los que ella llama sus abogados– y a Santa Lucía.

La apaleada Cariharta dirá el lugar en donde sufrió el castigo de su chulo: detrás de la Huerta del Rey, en unos olivares. Los viejos «avispones» u ojeadores irán a la Casa de la Contratación y a la Casa de la Moneda para seguir a los que sacaban dinero y ver dónde lo llevaban. El mismo libro de memoria de Monipodio nos da otro lugar de Sevilla: entre las

víctimas hay un bodegonero de la Alfalfa. Y, por último, la zona que Monipodio asigna a Rinconete y Cortadillo comprende «desde la Torre del Oro, por defuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar».

Sevilla es el espacio que da apariencia de «realidad» a lo contado; a cambio, el relato cervantino le da a las espléndida ciudad la inmortalidad literaria.

Galería de lecturas pendientes



2010

“ Habíanse despedido, antes que el salto hiciesen, de los que hasta allí los habían sustentado; y otro día vendieron las camisas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal, y de ellas hicieron veinte reales. Hecho esto, se fueron a ver la ciudad; y admirole la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del río, porque era en tiempo de cargazón de flota y había en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar y aún temer el día que sus culpas les habían de traer a morar en ellas de por vida. Echaron de ver los muchos muchachos de la esportilla que por allí andaban; informáronse de uno de ellos qué oficio era aquel y si era de mucho trabajo y de qué ganancia.. ”



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

